

La Helada Piel de las Botellas

A NOCHE volvimos a encontrar en la calle Corrientes a Mario. Estaba triste y consumido. No quiso decirnos nada de su vida ni lo que le pasaba. Pero... Ya ni sus secretos le pertenecen.

Supimos que hacía seis días que Mario vivía con la polaca Olga Sierks, entre la lujuria, la amargura y la desesperación. Ella lo recogió en su casa quizás por capricho o compasión. Lo encontró a las tres de la madrugada, por la calle Sarmiento. Llovía.

Desde ese día vivía con ella, como un animal, sin pensar en nada. La atmósfera cálida y perfumada, la carne satisfecha, le daban momentáneamente la ilusión de la felicidad. Durante ese tiempo hubiera deseado morir. La muerte no hubiera sido para él una cosa sucia y siniestra. Había momentos en que deseaba ardentemente la muerte y era cuando se sentía feliz.

Morir con la felicidad en los ojos y la dicha en el corazón, decía. Pero en el fondo oscuro y tempestuoso del alma sentía que el mundo, para él, era una cosa sin sentido, triste, vacío y miserable, que la vida era una cosa que lo arrastraba como las corrientes del mar, unas veces las cálidas corrientes del golfo, otras las frías corrientes de los mares polares, y a veces el malstrom vertiginoso que lo envuelve en su ceniciento empuje, en su terrible torbellino, en su inevitable caída.

Cuando Olga estaba a su lado se sentía contento, como borracho de ensueño y fantasía. Era como un lento delirio, como un sueño para sus nervios, para sus nervios a los que imaginaba como cabellos vibrátiles que flagelaban el cuerpo en dolorosas torturas. Sentía la alegría de vivir en ese ambiente extraño en el que nada le pertenecía. Creíase en otro país, en alguna región desconocida y misteriosa de Buenos Aires que tenía más de ensueño que de realidad.

Se desplomaba en el lecho y dormía un sueño espeso y turbio, poblado de pesadillas, de delirantes visiones creadas por su imaginación febril.

Olga lo llamaba en esos momentos y le hundía sus labios en la carne para calmarlo. Pero el ensueño era poderoso y nada podía vencerlo. Soñaba que se cortaba un poquito de la carótida para probar cómo era la muerte, pero la sangre que fluía creaba fantásticas visiones. Se veía en la isla de Jan Mayen, perdida en las soledades, recordada a través de relatos novelescos, en la colonia Kenia, del África, donde se martirizaba a los prisioneros con fierros candentes, en el oasis de Kaira, misterioso y lleno de luz, que había visto en las películas de actualidad.

Suena ser como el taciturno Ivar Kreuger, dueño de cien palacios, en Hamburgo y Estocolmo, en Londres, en París y en Varsovia. Como Stinnes, como Basil Zaharoff, el hombre misterioso, ayer harapiento y hoy dueño del mundo. Y después se ve el misero harapiento y hoy dueño del mundo. Y después se ve el misero harapiento en la vidriera de un bodegón de Buenos Aires, mirando con ojos terribles las uvas que se deslizan sobre la corteza dorada de los melones. Se ve el mismo, pálido, enfamecido, con ojos ardientes y los labios descoloridos.

Ve un río de aluvión, un pájaro de cristal, dunas de arena. Gusanos babeantes y musgos creciendo sobre todas las cosas, sobre las paredes y los rostros, sobre las piedras y los cuernos; moluscos agresivos y vegetales tensos y amenazantes y en el fondo de todo, en lo más hondo, una enorme y pronto zumbidos, chirridos que corralan el sueño y lo dejaban sumido en un letargo blanduzco y limoso. Ve dientes que corren las venas, clavos rasgando las pupilas, ve garras y un vector de selva, sierras seccionando las vértebras y un leopardo negro que le lame el cerebro.

—Olga! Olga! — grita — y se refugia en sus brazos y recibe un beso viscoso y cálido.

Poco trabajo le costó a Olga Sierks desprenderse de Mario cuando se cansó de él.

Pero Mario tuvo suerte. Encontró en seguida una colocación en el Casino como ayudante de Tagara, un hombre melencólico que se hacía pasar por fakir de la tribu sagrada del Ganges.

Tagara encontró en Mario un aprendiz inteligente para sus trucos y pronto se hicieron amigos. Cuando Mario sorprendió a Tagara fumando opio en su camarín su amistad se estrechó porque compartían un secreto.

—Todo es una ponquería — le decía Tagara en sus momentos de expansión y confianza. — Solamente pueden vivir los animales en el estercolero... Nosotros, los que no encontramos en la vida un objeto... una finalidad que nos satisfaga, sólo nos queda un camino... olvidar... vivir alegremente. De cualquier manera desenfrenada, para no pensar. Si pensamos estamos perdidos. Es una

barde para matarme y ahora es tarde... Tengo que vivir... Tengo miedo de morir y miedo de la tristeza.

Mario lo escuchaba con religioso silencio. Hacía tiempo que Tagara no encontraba a nadie que quisiera escucharlo.

—Sabían los brujos, los magos, la terrible verdad — prosiguió —. Por eso descubren el Datura Estramonio, la hierba de la locura y de la alegría. Lo único que hace vivir... y en todo hay tanta delicadeza... tanta dulzura. Primero la lluvia de otoño en una tierra misteriosa y extraña... Después la recolección por muchachas del Yunnan... el tajo con el cuchillo blanco, en el crepúsculo; la caída de los pétalos y cuando la noche fragante crece, el jugo que se condensa en pequeñas lágrimas. Aquí está — dijo — y mosé se condensa en pequeñas lágrimas. Aquí está — dijo — y mosé se condensa en pequeñas lágrimas. Aquí está — dijo — y mosé se condensa en pequeñas lágrimas.

—Es la alegría, la serenidad — añadió — de vivir tan contento.

Se sufre. Pero llega la paz. Se gira entre el dolor, la miseria y la soledad, pero de pronto llega la alegría, el bienestar, la dicha compartida. Todo eso encontró Mario en la casa de Américo Rossi. Américo Rossi tenía una quinta de verdura en la isla "La Fortuna" en el Tigre. Vivía allí con sus dos hijas, Cristina, una, y la otra María, una chica flaca y amarillenta que se pasaba todo el día llorando.

Buena gente, Mario trataba de no ser molesto y de ayudarles en todo lo posible. Al lado de Cristina se sentía animado por un sentimiento de pureza y felicidad que hasta entonces no había conocido. Cristina era sencilla y simple como el pan. Tenía una sonrisa que era como la presencia de la dicha.



lucha cruel... atroz... Hay dolores espantosos en el recuerdo... —¿Qué hacer, entonces...? — Tristeza... Y nada más... Y vivir triste es una sujeción, es como una costra de mugre que cubre el alma. Los que tenemos un poco de amargura en cada célula, un grumo de desesperación en cada fibra, tenemos que luchar terriblemente contra la tristeza inevitable. Esto parece nada, parece tan poco, y sin embargo lo es todo para mí. Trabajo para conseguir esto — dijo mostrando una substancia negra que guardaba en un tarro. Por eso trabajo alegremente. Si esto me faltara... ¿Cómo vivir? Fui demasiado co-

to, que todo hace feliz, respirar... el roce de la luz... todo... —No digan que a la larga mata... —No hagas caso. Cuando quedé sin trabajo estuve como loco... tenía un dolor fulminante en las costillas... sudaba a pesar del frío... creí morir de una manera tan repugnante... Eso que dicen que mata, salva.

—Pero en los fumaderos... Tagara lo interrumpió con un violento ademán: —Allí dan porquerías... No es opio. Lo falsifican... Tabaco, tamarindo, aserrín, clara de huevo, goma arábiga, aceite de lino... mil cosas más... porquerías.

Tagara lo interrumpió con un violento ademán: pero muy hundidos, dientes negros y las encías sanguíneolentas. Mario no quería contrariarlo, pero se animó a decirle: —Sin embargo, he leído que se vive en una atmósfera de terror, que se tienen visiones espantosas de cuerpos podridos, trozos de seres, animales... Puedo dormir. Dicen que mata. Mentiras... Yo estaba siempre enfermo, triste. Estaba idiotizado por ideas fijas. Hoy soy otro. Vivo y viviré como si tal cosa... dicen que el hastío, las convulsiones... ¿Qué farsa!

—Me dijeron que viene un frío mortal y que un carbón encendido no se siente sobre la piel. —Nada. Dicen, hablan... Hablan de la respiración alterada, del pulso anormal, del corazón que salta... Toca, toca, a ver si hay algo de cierto en todo eso.

Mario puso su mano sobre el corazón de Tagara. Sintió el contacto de una piel mojada y repugnante. En ese momento Babette, el hombre-mujer, terminaba su número. Se oyeron grandes aplausos.

—Como se divierte el público — dijo Mario. —Público de idiotas! Necesita engañarse. Se encendió una luz, sonó un timbre. —Ahora nosotros — dijo Tagara.

El opio, Tagara. El sufrimiento de no saber qué hacer. Buenos Aires. Y caminar después horas y horas por las calles, sin esperanza.

Se vive. Se vive. Pero, de qué manera.

—Si te ve papá! — gritaba gozosamente cuando Mario pisaba alguno de los cancheros que Américo preparaba con santo cuidado.

Mario sentía ganas de vivir. Comprendió que había perdido lastimosamente el tiempo pensando en estupideces y en amarguras. Había creído que todos eran sus enemigos, que todo el mundo era una masa informe de gente despreciable, y encontraba, de pronto, que había mucha gente generosa, desinteresada, noble. Se sentía unido a ellos en un estremecido sentimiento de bondad. Hubiera querido hacer grandes cosas para pagarles todo el bien que le habían hecho. Por ellos se podría llegar alegremente al sacrificio. Conoció la exaltación de la vida en lo que tiene de más bella, alegre y sagrado. Comprendió que la vida era una cosa digna de ser vivida ampliamente, en un desprendimiento total de la materia y del espíritu, sin egoísmos ni mezquindades, entregando sus sentimientos, procurando hacerse merecedor de la dicha, contribuyendo a hacer más fugitiva la pena, más honda la esperanza, más intensa la alegría de todos.

Preparaba abonos para las verduras, trataba de divertir a la chiquita enferma haciendo unos aparatitos de papel que se estibaban al soplarlos.

Era la paz. Era también la calma de los vegetales, el brillo sereno del agua que contribuían a hacer más feliz aquel lugar.

Las lianas se enroscaban en los árboles, parecían serpientes desfilándose. Los álamos, los alisos y los sauces milenarios, entre el silencio maravilloso de las tardes soleadas eran también fieles compañeros.

Cristina se burlaba de él porque no conocía el nombre de las flores y no sabía distinguir una planta de las otras.

—Nunca me fijé en las flores — confesaba Mario, — ni supe distinguir las plantas. Esa, por ejemplo — añadió señalando una — no sé si es una planta de nabo o de orquídeas...

Cristina se reía a carcajadas. Al principio se sintió impresionada por Mario, lo vio sombriamente y triste; pero después cuando supo

que era un muchacho risueño y bueno, dió gracias a Dios, sinceramente.

Le gustaba hablar con él. El le contaba su vida, sus fracasos, sus anhelos. Ella le enseñaba a conocer las plantas y las flores.

—Te quedarás aquí mucho tiempo, verdad? — preguntaba Cristina, quien a veces veía pasar por los ojos de Mario una sombra.

—Si por mí fuera, me quedaría aquí toda la vida — contestaba Mario mirándola francamente en los ojos.

—Te gusta estar... mucho... pero hay algo que me gusta más... vos, Cristina se reía y corría hasta la casa sin fijarse en que aplastaba los cancheros recién sembrados.

Cuando Mario hablaba de las cosas que había pasado, Cristina sufría. Tenía miedo de perderlo. Tenía miedo de que algún día llevado por esa obsesión suya de la aventura y el vagabundaje, Mario desapareciera para siempre.

—Y me sepultaban todos los días en un ataúd de bronce — le contaba Mario —. Otras veces me encerraban en una bolsa y me atravesaban con espadas.

—¿Y no tenías miedo? —Si todo era un truco ingenioso. Yo no sé cómo hay gente que paga para ver esas cosas... —Mirá... ¿A que no sabés cómo se llama esa flor? — le preguntaba Cristina.

—Eso? Yo creía que era un yuyo. —No seas hereje. Es la pasionaria, la flor más linda que hay. Mirá... Tiene las llagas y los clavos de Cristo...

—¿Querés que lo crea? — decía, para hacerla enojar. —Mirá, allí, allí — gritaba Cristina entusiasmada —. Ese parjito... ¿Sabés cuál es? —Loro no es — decía Mario, riéndose.

—Es el picaflores... Lo llaman pájaro resucitado porque dicen que muere en invierno y resucita en verano.

Y así los días. Y en las noches fragantes, cuando el perfume de esas plantas y árboles y frutas producía una feliz y serena embriaguez se reunían los cuatro en el patio de tierra. Américo tocaba la guitarra y Cristina cantaba. Entonces Mario sentía tristeza. Se sentía perdido.

Llega la paz. Se sufre. Una noche en que Mario y Cristina se encontraron solos, Mario le dió un beso quemante en los labios. Fue casi un mordisco. Cristina tuvo miedo y huyó. Una tarde vió en los ojos de Mario un fulgor sanguíneolento. La vió a ella y le gritó:

—¿La pasionaria, no?... Clavos de Cristo... Llagas de Cristo. Un día, a la hora del almuerzo, empezó a delirar.

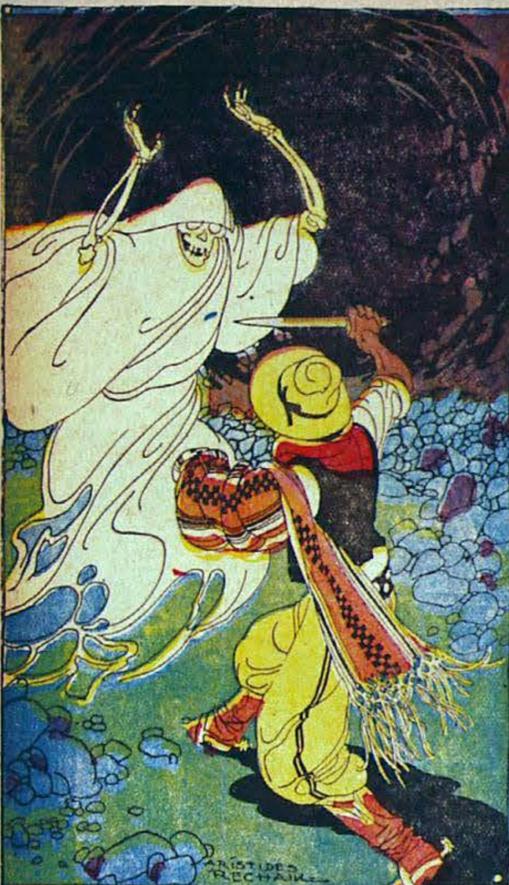
—La piel de las botellas... la piel de las botellas... decía. Le pareció que la piel de las botellas se arrugaba como a de las salamandras.

Al principio la locura fué mansa: hacía rodar las botellas y las perseguía creyendo que eran lagartos; más tarde su locura se tornó agresiva cuando trató de arrancar con sus uñas, largas y sucias, los ojos de la chiquillina enferma.

Una noche Cristina tuvo la suerte de que Mario la reconociera. Ella lloraba de alegría.

—Se salvará — decía — estoy segura... Se lo he pedido a Dios de rodillas. —Tendremos que internarlo en un hospicio — le aconsejó Américo.

—¡No! ¡Nunca! Es lo único que tengo... es lo que más quiero... Lo cuidaré. Seguirá un tratamiento... No ha de ser nada grave. Pero ya creía Mario que en su cerebro se deslizaba un pulpo y que los tentáculos querían romper la débil corteza del cráneo. Los ojos de Cristina se llenaron de lágrimas y besó la boca enferma de Mario, en un arrebatado de amor y de desesperación. Mario vió sólo una llama de fuego.



-Pensalo bien, hijo. Y si mañana está despierto, hablaremos. Hoy ya es noche.

En ese momento sonaba la campana llamando a los peones a la cena. Estos se levantaron encaminando sus pasos hacia la cocina. Don Leoncio con Cirilo se fueron al comedor, donde ya los esperaban sus dos hijos. Cuando los cuatro discutieron lo propuesto por Juancho. Los dos muchachos se dirigieron: "Atrevizado el mozo!" La negra cocinera, cuando supo que Juancho iba a espantar al fantasma, le trajo 4 o 5 tortas del fondo de un viejo armario y le dijo: "Coraje, Juancho, coraje, vos si sos un macho, canelo! Desde el claror del día siguiente comen a caer una garra fina, persistente, molesta. Don Leoncio hizo lo humanamente posible por disuadir al muchacho de su diabólico propósito, y viendo que era imposible, le permitió llegarse hasta el paso de noche, seguro que dispararía al ver al fantasma. Hacía las 4 de la tarde trajo Juancho del potrero su parrejo doradillo, lo ensilló bajo el galpón, se envolvió en su poncho, y despidiéndose de los presentes, los cuales le deseaban buena suerte, se dirigió al puesto de Don Cirilo, donde llegó entrada la noche. Mató en el galpón, churrusqueó, y haciendo alarde de su valor, les dijo que les traería las orejas del fantasma. Enderezó al galpón, apretó la cincha al doradillo, montó, y con un "¡Hasta siempre!", enderezó hacia el paso. La garra seguía en los altos, el viento silbaba y parecía un tropero montado en brioso corcel arriando nubes; un relámpago allá a lo lejos culebraba iluminando con su resplandor una cañada, un cerro, un monte. Oíase de vez en cuando el mugido de una vaca o el relincho de algún potrillo asustado. Allí, en el bajo, ya se podían distinguir las primeras sombras del monte; en ese momento una lechuga dejó off su temblor agorero y un ligero grazido se apoderó por un instante de aquel valiente que iba a desafiar a la muerte en persona, y casi inconscientemente pasó su mano por la empuñadura del facón. Espoleó el doradillo y, resultantemente, enderezó hacia la negra boca del paso que parecía atraerlo con su fluido satánico. Iba al tranco; ya estaba en la mitad de la corriente, grandes saucos a uno y otro lado entrelazaban sus ramas arriba, formando una bóveda natural. El animal se detuvo a saciar su sed, y él, con su mirada averzada a la obscuridad, escuchó las sombras para ver si distinguía algún bulto, algún indicio, que hiciera suponer la presencia del alma en pena, pero no vio nada. Levantó el doradillo la cabeza, masó el freno, y al sentir en sus ijares los agudos pinchazos de las espuelas, avanzó. Ya faltaban diez metros para la salida del pago y nada. En el rostro de Juancho se esbozó una sonrisa, y castigó el pingo.

POR un recodo del sinuoso camino asomó en el bajo un grupo de tres jinetes, que al trote de sus cabalgaduras avanzaban dejando tras sí una nube de polvo. Don Leoncio encabeza el grupo, montado en su brioso corcel, aquel que cinco años antes le había servido para salvarse en más de una oportunidad ante una carga de los lanceros revolucionarios. Porque Don Leoncio era, en aquellos no lejanos días de sublevaciones intestinas, comandante de un grupo de guapos criollos de pura cepa como él, al frente de los cuales desalojó de aquellas comarcas a los rebeldes, no sin antes regar con la generosa sangre de sus ranchos más atrevidos las cañadas y las faldas de los cerros. Era Don Leoncio el más amplio exponente del criollo noble, que todo lo sacrificaba, que no escatimaba esfuerzos en dar una manita a un amigo. En su estancia encontraba albergue más de un compañero de opinión perseguido por la justicia, por haberle, en la pulpería cercana, bajado el buche a algún trompeta contrario. Lo acompañaba Cirilo, el gauchito viejo, y antiguo servidor de la estancia, y su hijo Perico.

Cirilo era puestero del potrero de las ánimas, como lo había bautizado el paisanaje, debido a que en el "pago de los saucos" todas las noches vagaba el alma en pena del finadito Lorenzo, "que Dios lo tenga en la gloria". En varias oportunidades se le había presentado a los peones al cruzar el paso de noche, ataviado de blanco y lanzando gemidos de ultratumba. El finado Lorenzo había muerto de viejo, abandonado por la mala hembra, y por sus críos que se fueron recorriendo mundo de nichones, roñando de fogón en fogón. Como todo criollo, era Don Leoncio supersticioso y le molestaba en grado sumo el relato de Cirilo, al cual aseguraba no estar dispuesto a seguir al frente de aquel potrero endiablado. Eso venían comentando, dirigiéndose a la estancia, mientras los últimos rayos del sol doraban la cresta de los cerros y en las cañadas y los montes las primeras sombras de la noche se extendían. Cuando llegaban a las casas, la perrada, dando aullidos de alegría, salió a recibirlos, mientras "El lobo", su favorito, saltaba de un lado al otro lamiciéndolo cariñosamente.

Anochece. Dirigieron sus pasos al galpón de la peonada, en cuyo fogón estaban mateando algunos peones, y Juancho, mozo de unos 28 años, domador y forzado, valiente y decidido, y por naturaleza, increíble a las malas luces, almas en pena, fantasmas. Al ver llegar a su patrón, estos se levantaron saludando. En un claro del círculo formado a la vera del fogón, se sentaron en unas calaveras de vaca, cubriéndolas antes con una jerga. Juancho alzó un cimarrón a Don Leoncio, que luego de sorberlo con fruición lo devolvió vacío, y púsose a acariciarla con su inquieta lengua los leños y los marlos; pasó su mirada por los presentes y dijo: "¡Aura nos ha tocado la disgracia, vamos a ser corridos por las ánimas. Es maldición de Dios!" Nadie contestó y por instantes reinó un profundo silencio, interrumpido por el chisporroteo



Orlando Suárez Ilustraciones de Rechain

como oyera ante sí la carcajada burlesca y el brillar de esos dos ojos malditos, echóse el poncho hacia atrás y arremetió. Al hendir con vigor el aire empuñando la larga y afilada daga, sentía como si ésta diera en un cuero estacado, y a cada embestida la visión contestaba con una estridente carcajada y con una cachetada con sus frías manos esqueléticas. Media hora duraba ya la lucha, Juancho sentíase desfallecer, sentíase débil, sin fuerzas y presa de un terror horrible, pero, recordó un instante la palabra empeñada, y a su conjuro la sangre bullió en sus venas. Por un momento su rostro se iluminó al calor del coraje y sintió, como otras veces, necesidad de saciar con sangre caliente esa sed de venganza que reclamaba su hombría. Y siguió la lucha. Sentía sus miembros heridos por la metálica carcajada, la cara helada por las cachetadas que parecían azotes de gacelas, y el brazo exhausto, sudaba a mares; mezcla de cansancio, mezcla de terror, sus ojos le ardían; parecía que el fulgor emanado de las cuencas de la calavera se los quemaba. Y no pudo más; a sus escripules los leños le vuela el miedo, se dió vuelta para montar en el doradillo y huir lejos, muy lejos.

PERO, éste, espantado por la visión había disparado campo afuera, y al mismo tiempo sintió que unos garfios helados lo sujetaban del cuello, y desprovisto dió vuelta la cara y sintió el aliento putrefacto de aquella boca, el castañeteo de los flojos dientes engarzados en las peladas mandíbulas, la satánica carcajada, las cachetadas de las manos sobre su cara, el brillar de aquellos dos ojos infernales. Al claror del día siguiente lo encontraron muerto en el paso, enredado en el poncho, con la cara desencajada, los ojos fuera de las órbitas, los dedos crispados; a un lado la pistola, al otro la daga y el sombrero.

Bibliografía

EDDINGTON. — Expansión del Universo.

NEWTON ve caer una manzana y de este hecho sencillo deduce su ley de la atracción universal, que llamamos hasta hoy newtoniana; trabajo mental en verdad digno de admiración. Einstein expone su teoría de la relatividad generalizada, y poco tiempo después, revisando su desarrollo, encuentra dificultades —en la teoría— al tratar de aplicarla a los espacios infinitos. Introduce, entonces, un término de corrección, desorden de una coma decimal seguida de cincuenta y cuatro ceros y un uno, suprime el infinito, nos encierra en un universo limitado pero no infinito, y dice que bajo determinadas circunstancias los cuerpos se repelen en lugar de atraerse. La ley de Newton pasa a ser un caso particular de la teoría de Einstein, aplicable solamente cuando las distancias son "pequeñas", como las que existen entre nuestro planeta y los cuerpos del sistema solar. ¿Cuál de estos trabajos es más importante, o si repugna la palabra, más grande? Este es un caso fallido por uno o por otro, el autor del que resultara favorecido por la elección necesitó disponer de un taller mental más poderoso, o dispuso simplemente de más material?

Estas preguntas caen ya dentro del dominio de la filosofía o la metafísica; y es este terreno el que el autor de "La Expansión del Universo" trata de evitar el señor Eddington en su libro "La Expansión del Universo". Pero no por que le evita resulta menos interesante esta "aventura de la imaginación" que el autor llama "espacio esférico", como lo llama su autor con modestia que reitera al final calificándose de "burro", lisa y llanamente, por haber tratado de expresar en forma inteligible conceptos para los cuales el espacio comprendido entre los parietales de la mayoría de los hombres resulta insuficiente, o al menos, insuficientemente cultivado.

El Universo (¿por qué será que hasta el más escotístico se siente respetuoso?) escribe esta palabra con mayúscula; el Universo, pues, se expande; las nebulosas se separan todas unas de las otras y de la nuestra; es una fuga precipitada de mundos, una huida de masas tan enormes que cada estrella es sólo una partícula de su contenido. Y cuanto más se alejan más se repelen, más tienden a alejarse. ¿Dónde va este Universo? El Universo original, nos explica Eddington, probablemente a este ritmo en varios pedazos, que interponen distancias entre sí más rápidamente de lo que corre el único mensajero cósmico seguro que conocemos: la luz. ¿Qué se propone, pues, este sistema? Llegar, si se permite a un señor de Sitter, lleno de movimiento y sin materia o casi sin ella. Y de allí, ¿volverá a recurrir el mismo camino, y después de pasar por el estado de Universo Einstein (materia sin movimiento) empezará a contraerse?

Todos estas preguntas y el esbozo de las respuestas a algunas de ellas no obsta para que el ligero enrojecimiento de la luz que nos llega de los mundos remotos, y cabe dudar de si el cora real o si habrá surgido de simples especulaciones. Algunos de estos hechos, sin embargo, fueron previstos por la teoría y concordaron con lo que no obsta para que el autor de "La Expansión del Universo" recuerde, casi al principio de su obra, lo poco que le corresponde al hecho simple de la observación en el descubrimiento de una nueva estrella; y no se comprende bien si lo hace por defender la teoría en contra del empirismo puro, o como una llamada de atención, como el "morir habernos" trapense.

¿O no se ha imaginado sobre los saños? No hay otro ser viviente sobre quien la ficción y la fábula se hayan encarnado más, como dice Bergson. El sapo, según esas ficciones, da mal de ojo, saquea los aldos de pájaros, encanta a las gentes y a las bestias; parece quien le mira muy fijamente; provoca la rabia de los perros, con su espuma; su aliento es venenoso; mancha y envenena todo lo que roza.

De la misma manera que molesta y mata, socorre y cura. Suprime el mal de piedra, seca la hidropesía, detiene las hemorragias de la nariz, calma los dolores; colocado bajo la almohada de un tísico, corta la fiebre; suspendido de una pata en las caballerizas, evita toda infección a los caballos; aleja las ratas; se encienca a veces bajo el cráneo un guijarro de oro de virtudes maravillosas.

Antiguamente, el mago, el echador de suertes, hacía gran uso del sapo. Se recurría a sus poderes mágicos, malditos o bienhechores. Se le empleaba en las conjuraciones y hechizos. Se le cocía en las calderas para extraerle venenos o filtros. Tener comercio con él equivalía a pactar con el demonio.

En 1819, un decreto del Parlamento francés condenó al filósofo Vanini a ser quemado vivo, bajo la acusación, parece, de que se había encontrado en su casa un sapo en una caja de vidrio.

Independientemente de estas supersticiones, cuyos trazos se vuelven a encontrar aún en la campaña, los naturalistas mismos, durante siglos, han considerado al sapo como un ser malhechor, repugnante y despreciable. "A su sola vista el hombre palidece y se siente mal", dice Gessner. Cuvier, juzga su forma horrorosa, repugnante. A los ojos de Bovy de Saint Vincent, "su aspecto horroroso, su andar innoble, sus costumbres salvajes y abyectas, parecen justificar

Pío Baroja. — Los Visionarios.

Pío Baroja, es un viejo y tenaz enemigo de América. Dispersos en su vasta obra hay más de cuatro conceptos hirientes, injuriosos y agoreros contra los americanos, y esto, aunque parezca o pueda parecer paradójico, es un motivo bastante serio para que la crítica de cualquiera de los países de América, al tratar sobre los de Baroja, Amigo y enemigo, son en realidad, nuestro pro y nuestro contra, pero ambos nuestros. El indiferente está más lejos de nosotros que el enemigo. A este pequeño condimiente que a veces intermite sobre la atención hacia Baroja, se une en su última novela "Los Visionarios" el interés de un tema de actualidad palpitante en todo el mundo: la cuestión agraria y campesina. Baroja la observa y analiza, adelantándose sobre las líneas y hasta grotescamente, en los campos de Andalucía. ¿Está capacitado Pío Baroja para interpretar y comprender semejante hecho en el terreno de la realidad española o en el de cualquier otro país? Después de haber leído "Los Visionarios" no es necesario volver atrás para ponderar con una negación profunda. Pero en rigor, tratándose de un novelista y no de un economista, podría pasarse por alto su incompetencia de la realidad y las proyecciones del fenómeno social, siempre que al menos nos diera de su visión viviente, rica de sugerencias y novedades. Por el contrario, la visión que nos da Baroja del movimiento social en Andalucía es, o boba o siniestra. Los dirigentes obreros que desfilan por las páginas de "Los Visionarios" (que desfilan en toda la acepción de la palabra, pues no hacen más que pasar por allí), cuando no son bandidos reales y verdaderos lo parecen de un modo enteramente sospechoso.

Dado el terreno sobre el que se desliza la novela, pudo tener una vitalidad intensísima. Pío Baroja está ya, por lo visto, demasiado viejo. Todos sus defectos se han multiplicado con los años. Su estilo es de tal manera seco, árido y desagradable, que se cría, en cada uno de los pueblos de tránsito, solicitan y reciben, acerca de la localidad, escrupulosos informes, pedidos y satisfechos con una minuciosidad de notario. En los momentos (escasos) en que no requieren o reciben informes, Fermín Anís y Michel conversan de cosas desprovistas de interés. Y como al fin Baroja sospecha que todos deben estar ya muy aburridos de tan simpáticos amigos, nos obsesiona con un cuento final, acerca de unas pobres señoritas pueblerinas que se ven víctimas de la revolución, y que para colmo de males se ven víctimas de los ataques desatados contra ellas por un picaro salido de su propia familia. (Este picaro, naturalmente, es comunista). Se nos olvidaba agregar que al comienzo, en el libro, asistimos a una conversación en la que se habla de un enfermo, entre varios aristócratas y su médico, en la que se habla de los ex-reyes de España, así como también de algunos otros pequeños episodios semejantes. Ninguno de los personajes vuelve a figurar, ni desempeña el más m'imo papel en los seis libros restantes de la obra. ¿A qué seguir? Con lo poco que llevamos dicho basta para comprender que no es solamente entre nosotros se escriben libros a base exclusiva de palabras arcaicas, no haya nada que decir con ellas.

esa especie de reprobación en la cual vive abandonado". En cuanto a Lacedpede, su horror por el sapo le exalta hasta el lirismo: "Desde hace mucho tiempo — exclama el célebre autor de los Cuadrúpedos Oviparos — la opinión ha estigmatizado ese animal repugnante cuya proximidad rebela todos los sentidos. Todo en él es innoble, hasta el nombre. Se ha tentado el tomarlo como un producto fortuito de la humedad y la basura. Parece viciado en todas sus partes; como hecho de un barro frío y vil. Su enorme vientro está siempre inflado. Sus ojos molestan por la cólera que los anima. Si tiene patas, éstas no levantan su cuerpo arriba del fango; si tiene ojos, éstos no son para recibir una luz, de la que huye. Comiendo hechas hechas de venenosas, sucio en su hábitáculo, repugnante por sus hábitos, deforme en su cuerpo, oscuro en sus colores, infecto en su rliento, abriendo cuando se le ataca unas fauces horrosas, no teniendo más que la obstinación de un ser estúpido, se diría que la Naturaleza ha crucificado al sapo, para dar relieve, por medio de un fuerte contraste, a la nobleza y belleza de sus otras producciones".

Hubo ciertamente, en Inglaterra — reconoce Lacedpede — un sapo que, conservado largos años, no pareció ni tan sucio ni tan malo, pero se trataba de un sapo británico, cuyas inclinaciones habían podido ser corregidas por la frescura del clima.

Nemalante indignación se nos aparece hoy risible. El sapo no son para recibir una luz, de la que huye. Comiendo hechas hechas de venenosas, sucio en su hábitáculo, repugnante por sus hábitos, deforme en su cuerpo, oscuro en sus colores, infecto en su rliento, abriendo cuando se le ataca unas fauces horrosas, no teniendo más que la obstinación de un ser estúpido, se diría que la Naturaleza ha crucificado al sapo, para dar relieve, por medio de un fuerte contraste, a la nobleza y belleza de sus otras producciones".

El sapo es un batracio y no un reptil gacriaco, como lo quiere el diccionario de la Academia que, por otra parte, en materia de clasificaciones, se ha quedado en la época anterior a Brongniart.

Los batracios ofrecen, en la historia evolutiva, la importancia extrema de haber sido los primeros vertebrados terrestres, los primeros que caminaron. Inauguran la pata, el miembro con cinco dedos. Innovación de consecuencias, puesto que de la pata debía salir la mano. Se ha podido decir sin exagerar que, del pez al batracio, la distancia es más grande que del batracio al hombre. Los saños están mudos de tres párpados; uno superior, estrecho, espeso, coloreado de verde; uno inferior, rudimentario e inmóvil; y uno nictitante, insertado en el párpado inferior. El nictitante, móvil, translúcido, puede juntarse con el párpado superior sin molestar casi la visión. Cuando el sapo está en el agua, recubre el globo del ojo con él, como con un vidrio de reloj.

Su lengua, espesa y carnosa, de un rosado pálido, ofrece la particularidad, señalada ya por Aristóteles, de estar al revés de la nuestra, implantada adelante y libre atrás, en la cavidad bucal.

El sapo posee, en común con la rana, la facultad de alterar su color a medida de las condiciones externas. Se armoniza, en una cierta medida, con el tono ambiente; sobre un fondo blanco se torna más claro, sobre un fondo negro, más oscuro. La sequedad y el calor, le



acostumbra; el frío y la humedad, lo oscurecen; las emociones, en fin, miedo o cólera, pueden hacerlo palidecer.

El sapo puede pasarse mucho tiempo sin alimentos. Ségur colgado en un vaso de tierra, revestido de yeso, y tuvo la sorpresa después de haberlos dejado allí cinco o seis años, de encontrar uno en perfecta salud, el cual, tan pronto como fue liberado, recobró sus movimientos habituales, como si no hubiera existido interrupción alguna en su modo de vivir.

Claude Bernard exhibió un sapo al que había arrojado, dentro de un vaso cerrado, poroso, lleno de tierra húmeda, después de dos años. El animal vivía aún, a pesar de haberse adelgazado considerablemente.

El sapo es muy resistente. Soporta varias horas a la decapitación, varios días a tajo en el corazón, cuarenta días a la ablación de los pulmones, varias semanas a la amputación de los ojos. El sapo hindú traga fácilmente y sin hacer daño, grandes carbones encendidos.

Es poco combativo, pero no incapaz de toda pugnacidad. En particular la serpiente, por su cabeza y por su lengua, tiene sobre él una acción muy excitante. Una vez llegado al estado de excitación belicosa, el sapo reacciona combatiendo en presencia de todo objeto que se mueve.

Carece de tendencias sociales. Es un solitario, un ermitaño. Salvo en la primavera, para el amor, parece ignorar a sus semejantes. Se ha podido decir que en su especie cada individuo vive como si fuera el único representante.

Si es verdadero el terror que inspiraba el sapo a los hombres, era perfectamente absurdo, porque ese animal no puede dañarnos en nada, no lo es menos el hecho de que produce un verdadero veneno.

Produce hasta dos, como lo ha demostrado Mme. Phisalix. En primer lugar el sapo emite, por la superficie entera de su cuerpo, un sudor tóxico. Contiene un veneno estupefaciente, paralizante. Constituye lo que se llama impropriadamente la baba del sapo, el cual, estando desprovisto de glándulas salivares, no se sabe cómo podría producir baba.

El segundo veneno es llamado dorsal, porque proviene estrictamente del dorso del animal. Sale raramente, bajo el efecto de una fuerte comprensión o de una viva irritación. Por vía bucal, para matar o intoxicar, un hombre, se calcula que sería necesario el veneno producido por una decena de saños, porque ese animal no puede dañarnos en nada, no lo es menos el hecho de que produce un verdadero veneno.

Produce hasta dos, como lo ha demostrado Mme. Phisalix. En primer lugar el sapo emite, por la superficie entera de su cuerpo, un sudor tóxico. Contiene un veneno estupefaciente, paralizante. Constituye lo que se llama impropriadamente la baba del sapo, el cual, estando desprovisto de glándulas salivares, no se sabe cómo podría producir baba.

El segundo veneno es llamado dorsal, porque proviene estrictamente del dorso del animal. Sale raramente, bajo el efecto de una fuerte comprensión o de una viva irritación. Por vía bucal, para matar o intoxicar, un hombre, se calcula que sería necesario el veneno producido por una decena de saños, porque ese animal no puede dañarnos en nada, no lo es menos el hecho de que produce un verdadero veneno.

Puede ser domesticado, se acostumbra a tomar su alimento de manos humanas. Reconoce la voz. El naturalista Boulenger conservó durante doce años un grueso sapo de Jersey. El animal no mostraba ninguna timidez. Le gustaba, por el contrario, manifestarse, que se le manejara; se agachaba para que le acariciaran el lomo; levantaba la cabeza y acudía en cuanto se le golpeaba el vidrio de su terrarium.

Fottergill cuenta haber domesticado un sapo dándole mucho de comer insectos. El animal partía de caza todas las tarde y todas las mañanas, fielmente, se reintegraba a su domicilio. Sucedió esto durante varias semanas. Pero un día de gran recepción en casa de Fottergill el sapo se asustó, rehusó comer, y la misma tarde se fué, para no volver hasta el año siguiente.

La antigüedad ha tenido al sapo por temible para el hombre. Se le ha incriminado su líquido pustular, su sudor, su saliva, su orina, hasta su aliento. "Hay que guardarse de dormir en los campos — dice Ambrosio Perca — teniendo la boca cerca de algún agujero donde los saños y otras bestias venenosas habitan, para evitar el atraer su veneno al respirar, lo que podría ser causa de la muerte del durmiente". Un hombre murió, cuenta Schenck, por haberse frotado las encias con la hoja de una salvia, bajo la cual vivía un grueso sapo.

Contra el envenenamiento causado por los saños, se preconiza extrañas prácticas. El paciente debía introducirse en el cuerpo de una mulla recientemente sacrificada, y quedarse allí hasta que el animal se enfriara del todo. El veneno se evaporaba con la transpiración. Frequentemente eran necesarios varios cuerpos de mullas. A falta de mulla, se sudaba dentro de un caballo. La leyenda quiere que César Borgia haya seguido este tratamiento.

Si es verdadero el terror que inspiraba el sapo a los hombres, era perfectamente absurdo, porque ese animal no puede dañarnos en nada, no lo es menos el hecho de que produce un verdadero veneno. Produce hasta dos, como lo ha demostrado Mme. Phisalix. En primer lugar el sapo emite, por la superficie entera de su cuerpo, un sudor tóxico. Contiene un veneno estupefaciente, paralizante. Constituye lo que se llama impropriadamente la baba del sapo, el cual, estando desprovisto de glándulas salivares, no se sabe cómo podría producir baba.

El segundo veneno es llamado dorsal, porque proviene estrictamente del dorso del animal. Sale raramente, bajo el efecto de una fuerte comprensión o de una viva irritación. Por vía bucal, para matar o intoxicar, un hombre, se calcula que sería necesario el veneno producido por una decena de saños, porque ese animal no puede dañarnos en nada, no lo es menos el hecho de que produce un verdadero veneno.

Produce hasta dos, como lo ha demostrado Mme. Phisalix. En primer lugar el sapo emite, por la superficie entera de su cuerpo, un sudor tóxico. Contiene un veneno estupefaciente, paralizante. Constituye lo que se llama impropriadamente la baba del sapo, el cual, estando desprovisto de glándulas salivares, no se sabe cómo podría producir baba.

El segundo veneno es llamado dorsal, porque proviene estrictamente del dorso del animal. Sale raramente, bajo el efecto de una fuerte comprensión o de una viva irritación. Por vía bucal, para matar o intoxicar, un hombre, se calcula que sería necesario el veneno producido por una decena de saños, porque ese animal no puede dañarnos en nada, no lo es menos el hecho de que produce un verdadero veneno.

Negritos

TODO el negrío del contorno partía de un rancho común. Era una sola familia, una sola corriente, miserable, escuadrado, avergonzado, instintivo y prolífico por entre una soledad con tantas virtudes como prejuicios. La división de los negros "en familias" se producía por razones administrativas de los terratenientes. El rancho en un potrero, en el confín de un potrero apartado, representaba un auxilio de valía para el vigilante de la hacienda. Pero la congregación de varios ranchos en un solo punto, ya es una complicación. El tránsito de los campos se hace continuo, el movimiento de la gente inquieta los ganados. Los negros reunidos les soplan los tirones al diablo, afilando la haraguería. El estanciero los admite por necesidad de su oficio. Expone hasta donde puede la utilidad de los negros, a quienes compensa con "menudos", restos de tabaco, café flojo, chingas de papa menudada y promesas que no se cumplen nunca. Por cálculo, los desparrama las viviendas. Como sus ambiciones no trascienden las líneas de la heredad del patrón, los desheredados se amoldan. Viven. Tal vez sueñen.

rancharía distante era peligroso. Bajo los árboles del trapío o en un rincón de la cocina de la peonada, el negrito no estaba. Allí quedaba horas y horas, con la cara jaspada de pan seco, expuesto a las lamidas de los perros mansos y a los "tinguifazos" de los muchachos arterios. Algún terrón de azúcar encendía la gula y apaga las protestas del cuidado.

Quando podía tener un mate entre las manos, sin chorrearlo, el negrito no salía más de la estancia. Serviría primero a la patronita, luego a la cocinera. Más tarde, muy a menudo, pero ya musculoso y endurecido, ganaría los galpones, el campo, los montes.

Las merquezas prolíficas, no precisaban hijos, según la expresión de la patrona. En la estancia podían hacerse hombres. Era verdad. Por lo demás, Dios y las lunas concedían gracias espléndidas a la pobre carne traspada, flagelada por la maternidad. En los ranchos siempre había muchachos chicos.

Iban creciendo los negros, aporreados por la incoherencia y fatiga de las mujeres, el descontento invariable, los chirriatos en las canillas relumbrosas.

Del patrón al "agregado", todos les mandaban con autoridad, asco y derecho. En la estancia eran una fuerza enorme, pero domada y dócil. Así vivían callados, entristecidos y taciturnos, quince, veinte, veinticinco años. Hasta que alguno de los peones hacía una judiada, completada con sus compañeros blancos, cargando la culpa a cualquiera de aquellos infelices.

—¡Fé Nieves, patrón!

—¡Sí, señor, va lo vide.

El patrón "había un ejemplo". Tenía un chico de trece años. Daba hasta hincarle las manos, los puños y las canillas al "delincuente". El patrón sudaba como si estuviera en los bretes, agarradores de sol a sol en las esquinas, alambreados, moneros, sancochones de potrillos mansos... Sólo el parloteo destemplado de una cotorra desesperada, cuya jaula juega al viento colgada en el mojicote, o el silencio de un negrito de ojos profundamente luminosos, que protesta por su ración, revolviéndose en un cajón vacío, son una nota viva y característica en los ranchos. Lo demás es cansancio, aplomo, tristeza, predestinación. Cuando el negrito duerme, con la cara estrellada de leche materna, servida en los apurones de la faena, el silencio y la soledad es más grande que los campos.

Sorbidas por el arroyo y las cañadas durante el día, las mujeres tornan en la anochecida, pasan la aldaba a la puerta de hojas horizontales, y se tumban. Lloran el miedo a los madrugadores. Si alguno llegara, no vendría a robar ni a vengarse. Vendría disparándole al día.

Trascurría un mes, dos, tres. La estancia olvidaba al prófugo, sustituido por otros negros. Seguía su vida forosa, continuada y avasalladora.

Cuando aparecía boca abajo, en la Picada del Medio o en Las Talas, un familiar de la estancia con el pecho abierto de una cuchillada, el pensamiento unánime reconstruía la figura del prófugo. Y el círculo de odio, acedo e injusticia seguía estrechando a los infelices hijos de las rancharías cuyas puertas no se atrancaban en las noches, como si esperaran alguna semilla voladora.

Recién entonces comprendí la significación de aquel espectáculo tan simple y tan conmovedor, porque recién entonces advertí que estaba delante de una tradición marítima de las más populares entre los pescadores del sur del Brasil: la tradición de las velas encendidas que van, solas, a través de los mares, a llevar a Iguape, al Buen Jesús, las promesas enviadas por sus devotos...

Incrédulo, indagué del hombre: —Pero este barquito, sin brújula y sin tripulación, ¿cómo podrá ir por sí solo a Iguape, que queda tan lejos? ¿Y cómo podrán llegar allá esas velas encendidas, sin que el viento y la lluvia las apague?

El interpelado contempló un momento la pequeña embarcación que se alejaba y luego, volviéndose a mí: —Pregunte —dijo— a los remeros del año pasado, en Iguape, si no fueron a aportar allá, con sus velas encendidas, tres "fragatas" iguales a ésta, botadas al mar mucho más lejos, allá en Río Grande. Si esta mía no llegase, será por culpa de mis pecados. Es señal de que mi alma no está bien limpia todavía para poder hacer estas ofrendas al Buen Jesús...

Como la imagen del Buen Jesús de Pirapora, la de Iguape fué encontrada, hace siglos, en un río cerca de la ciudad, retenida por un arrecife que ya no existe, porque los remeros la fracturaron, llevándose, cada cual, un pedazo como recuerdo.

Y corre la leyenda de que los pedazos de la piedra que estuvo la imagen en el río, son también milagrosos: de pedregulitos que eran, con el correr de los años, van creciendo, tornándose grandes, como el arrecife que, a semejanza de la cruz del Gólgota, se subdividía por el mundo en reliquias innumerables...

La imagen del Buen Jesús de Iguape, es como sus hermanas de la Orden de la Clausura: no sale de su iglesia para ser conducida por las calles en procesión. La de Iguape, sin embargo, abandona su altar cada cincuenta años, siendo el año en que se cumple este plazo declarado el santo para los romeros. El año que asistí a su romería, se cumplían los cincuenta años de su última procesión. ¡Esto en pleno siglo XXI!

Sin embargo, las fiestas del Buen Jesús, en Iguape, no tienen para los curiosos atractivos especiales. Son fiestas netamente brasileñas, brasileñas por la tradición y por la simplicidad. Las de Pirapora, por el contrario, tienen la colorida movimentación que les presta la diversidad de masas humanas procedentes de muchas tierras, negros en quienes se reencuentra, como por encanto, la voluptuosidad de los ritos africanos; agregados a las "fazendas" ricas; bolli-



EN el Brasil, principalmente en aquellas zonas en donde más se deja sentir la influencia colonizadora lusitánica, la religión, más que un sentimiento lógico de los hombres, es el producto de la superstición. Los nombres de aquellas generaciones brasileñas, de esta suerte supersticiosas, no parecían que tuviesen los ojos presos a la vida; dan la impresión de que los tuvieran vueltos hacia la muerte, y que poseían un alma cargada de pecados que era preciso salvar de las llamas del infierno...

En el Brasil las imágenes célebres son incontables, y cada una de ellas tiene su historia que daría margen para un libro. Las imágenes del Buen Jesús, por ejemplo, que en agosto desfilan de unas ciudades hacia otras multitudinariamente, las increíbles multitudes de los que van a saludar sus promesas...

Y, he ahí, en las promesas, la razón del prestigio, siempre creciente, en pleno siglo XX, de las imágenes seculares de las iglesias brasileñas.

¿Qué es una promesa? Es un voto que se formula en una hora de angustia. La madre amorosa que tiene al hijo enfermo y ve que los médicos no logran devolverle la salud, se arroja y reza: —Buen Jesús, haz que mi hijo se ponga bueno, y yo te prometo ir este año a Pirapora, para besarte los pies!

Y en agosto, en los días movimentados de las romerías, Pirapora desborda de gente de todos los colores, y de automóviles de todos los precios. Son cuatro en el Brasil las imágenes más notables del Buen Jesús. La primera queda en la diminuta villa fluvial de Paraty, en el Estado de Santa Catalina; la segunda, en una capilla construida sobre un mar de piedra, en Lapa; la tercera, en una vieja y silenciosa ciudad que se llama Iguape, en el litoral paulista; y la cuarta, en Pirapora, antiguo y tranquilo villorrio, a dos horas de automóvil de San Pablo, metrópoli dinámica, hecha de hierro y cemento.

Cuatro son: pero de las cuatro, dos solamente —la de Iguape y la de Pirapora— despiertan la curiosidad por sus detalles raros. El Buen Jesús de Iguape ejerce una atracción inmensa sobre todas las poblaciones brasileñas que viven al borde del mar, desde Río de Janeiro hasta las fronteras del Uruguay.

Cierta día de julio —hace de esto ya algunos años— me encontraba en Paraty, y al dirigirme al mercado para comprar los exquisitos camarones que allí se preparan, advertí que un hombre, ya de cierta edad, recio como un Wallace Beery, jugaba en la playa con un barquito, como de un metro de largo, casi portátil, y le pregunté: —¿Un juguete de aniversario, para su hijo?

El hombre no respondió. Se limitó a sacar del bolsillo algunas velas de estearna, las afirmó en la cubierta del minúsculo barco y comenzó a encenderlas una a una. Llevó luego las manos al pecho, como si estuviese rezando, y por fin, empujó mar adentro al barquito, que siguió rumbo a la barra, con su velamen combado por el viento fresco que soplaban...

Formando alas en su escalinata, los postulantes de limosnas. Se oyen cantos religiosos que vienen de allá adentro. Es la misa que finaliza. Pero aquí afuera, lo que se oye es una tonada de zamba de carnaval.

Abriéndose paso por entre el gentío que se apina en la calle única, desfila la Comparsa del Yacaré, y la tonada maleva de zamba que conduce, se une, frente a la capilla, con las notas graves y gruesas del órgano que en la misa entona preces al Buen Jesús.

La comparsa es enorme. La componen doscientos negros que desfilan de a dos en fondo, cantando y bailando, ahitos de "cachaca"; unos vistiendo saco y cuello; otros —los más— sin saco y sin cuello. Llevando en lugar de éste, como los melvones de los sánetes portenos, vistosos pañuelos, y en las negras, lo que de pronto se advierte, además de sus enanas coloradas en donde huelgan restos de dientes, son los sombreros de los hombres a quienes ellas se juntaron en el poblado en ebullición.

Sobre las veredas, el samba no impera ya ni se escuchan los ecos de los cánticos sagrados. Vive el juego en cien bancas de jaburú, que se extienden calle afuera. Es una especie de ruleta que tiene, en vez de números que deciden la suerte de los jugadores, figuras de animales. Las apuestas se suceden y en ellas los romeros venidos del interior pierden, matemáticamente, el precio del pasaje de regreso.

En las casas, que son de un solo piso, se improvisan negocios de café y ventas de tortas y sandwiches, todo ello mezclado con la polvareda que constantemente se levanta del suelo. Pirapora es una fusión típica de las fiestas religiosas de los poblados portugueses y reniscencias de las de África, existentes aún en

cheros portugueses; gentes de todas las castas, de todas las razas, mezcladas en un cocktail absurdo de danzas fetichistas del Congo, de juegos de azar, de ceremonias religiosas, de copiosas libaciones de alcohol, de amores sordidos en los parajes sombríos, de piadosos actos de contrición en la iglesia paupérrima que trasciende a sobaquina...

Pirapora es una paradoja. Como un cicero, en más o menos bien informado, voy a conducir a los lectores de CRÍTICA al teatro de estas tantas aberraciones.

Con sus cuatrocientos habitantes, el villorrio queda al fondo de un valle ajeno por completo al progreso paulista. El camino carretero, tan frecuentado por automóviles y camiones, que llega a la capital paulista a las grandes ciudades modernas del interior del Estado, pasa rozándole casi sus lindes.

Pirapora se detuvo en el pasado. Hacía la derecha, sobre el mar, se yergue el Seminario de los Padres de la Orden de San Norberto. Abajo, a brevísima distancia, destaca una capilla cercada casi por un centenar de casas, treinta de las cuales acaso sean residencias fijas de sus habitantes. Las restantes sirven de alojamientos que sólo se llenan entre el 1 y el 7 de agosto, esto es, la semana que la iglesia consagra a las fiestas del Buen Jesús.

En esos días, el lugaraje que durante todo el año se destaca por su quietud, se convierte en una ciudad en donde todo es algazara, alegría, música y ruido.

Y los romeros llegan de todas partes, por todos los medios, a fin de cumplir sus promesas, en automóviles de lujo, en taxis baratos, en ómnibus (que allá por las carreteras de San Pablo se llaman "jardinerías"), en jameles (llegan familias de los lugares perdidos en las sel-



vas, familias que llegan como tribus gitanas con sus carpas de lana, sus utensilios de barro y sus arriapiezos de cervecas cochinas...

Entre el poblado un mediodía domingo, de sol ardiente, y la primera cosa que siento, envolviéndolo por completo, es una extraña nube colorada de polvo. Pirapora, en sus días de fiesta es, en síntesis: polvareda, sudor y ruido; más polvareda que sudor, más polvareda que ruido.

Allá en el centro, la capilla, toda adornada de banderitas de papel. Formando alas en su escalinata, los postulantes de limosnas. Se oyen cantos religiosos que vienen de allá adentro. Es la misa que finaliza. Pero aquí afuera, lo que se oye es una tonada de zamba de carnaval.

Abriéndose paso por entre el gentío que se apina en la calle única, desfila la Comparsa del Yacaré, y la tonada maleva de zamba que conduce, se une, frente a la capilla, con las notas graves y gruesas del órgano que en la misa entona preces al Buen Jesús.

La comparsa es enorme. La componen doscientos negros que desfilan de a dos en fondo, cantando y bailando, ahitos de "cachaca"; unos vistiendo saco y cuello; otros —los más— sin saco y sin cuello. Llevando en lugar de éste, como los melvones de los sánetes portenos, vistosos pañuelos, y en las negras, lo que de pronto se advierte, además de sus enanas coloradas en donde huelgan restos de dientes, son los sombreros de los hombres a quienes ellas se juntaron en el poblado en ebullición.

Sobre las veredas, el samba no impera ya ni se escuchan los ecos de los cánticos sagrados. Vive el juego en cien bancas de jaburú, que se extienden calle afuera. Es una especie de ruleta que tiene, en vez de números que deciden la suerte de los jugadores, figuras de animales. Las apuestas se suceden y en ellas los romeros venidos del interior pierden, matemáticamente, el precio del pasaje de regreso.

En las casas, que son de un solo piso, se improvisan negocios de café y ventas de tortas y sandwiches, todo ello mezclado con la polvareda que constantemente se levanta del suelo. Pirapora es una fusión típica de las fiestas religiosas de los poblados portugueses y reniscencias de las de África, existentes aún en

Dios en el Brasil

la sangre negra que circula en las venas de una buena parte de las poblaciones brasileñas.

En su "Breve Historia del Mundo", Wells cuenta que el primer dios de los hombres primitivos nació del terror. No pudiendo explicarse el trueno que los amedrentaba, imaginaron que debía de haber en el universo algo más poderoso que ellos desconocían y que sería capaz de castigarlos... Pasaron, entonces, a adorar a ese algo, y así fué que Dios empezó a existir como un vengador todo poderoso, que solamente más tarde Moisés humanizó.

Pero en la África negra, de tribus no civilizadas aun, el dios que existe no es cristiano, ni siquiera el de Gautama Budha, ni el de otras gentes orientales: es aquel mismo que atemorizó a los hombres primitivos...

Encuentro en Pirapora la revelación de esta verdad, sorprendiendo a los descendientes de los africanos en su momento de reintegración en los usos y prácticas de la tierra de donde vinieron sus abuelos.

En la ciudad, viviendo la vida común, ellos son ya como cualquiera de nosotros. Basta, sin embargo, que en medio de una ceremonia religiosa a la que asisten contritos, se oiga el batucada sordo de los tambores africanos, rítmado e, una danza negra, para que se transfiguren e, institutivamente, cambien sus oraciones católicas por el deseo irrefrenable de ingresar en la "congada" y cimbarar el torso, horas perdidas, en el bárbaro espectáculo.

Es que los dioses africanos son otros, y no es en dos, ni en tres generaciones que se plasma un alma nueva en una raza vieja de antes que existiese la Biblia.

El poblado portugués en las fiestas católicas no tiene influencias africanas. Pero corre en ellas el vino, y las alegrías del vino son siempre abundantes. Llevando a las festividades religiosas del Brasil las expansiones de sus poblados, los lusitanos fueron a encontrar, en las romerías brasileñas, el ruido de los ritos bárbaros, y ambos, el poblado portugués y el poblado africano, se fundieron, haciendo de Pirapora eso que es hoy: ¡Dios y el Diablo, del brazo, siete días cada año!

¿De dónde el prestigio increíble de aquella imagen yacente de Jesús, en Pirapora? En los comienzos del siglo XVIII, los jesuitas fueron, en el Brasil, objeto de encarnizadas persecuciones, y mucho de cuanto poseían se perdió en sus fugas precipitadas o fué arrojado a los ríos y a los mares por sus perseguidores.

Así explica la historia lo que el pueblo cree ser un milagro: el apareamiento, en lugares yermos, de imágenes construidas evidentemente en Portugal por hábiles artistas.

El Buen Jesús de Pirapora fué encontrado así, en 1725. En aquella época, San Pablo era una villa pequeña y tranquila, y Pirapora no pasaba de una "fazenda" perdida en el desierto, perteneciente a un "señor de esclavos", José de Almeida Neves. Por el centro de la "fazenda" serpenteaba el río Tieté, en cuyas aguas los esclavos acostumbraban a bañarse a la puesta del sol, después de la ardua faena de todos los días. Una

tarde hicieron un descubrimiento sorprendente. En medio del río, arrojado a una tosca, había una imagen yacente de Jesucristo.

José de Almeida Neves recogió, sorprendido, el misterioso hallazgo, convencido de que había sido objeto de un extraordinario beneficio de los cielos. Solicitó, por ello, licencia al párroco más próximo para conservarlo en una capilla que inmediatamente haría construir en sus tierras.

El siglo XVIII no contaba con rotativas ni hilos telegráficos, pero relatan los conocedores de las tradiciones locales, que el suceso se divulgó por todo el Brasil con la rapidez del rayo, y que en 1726, al inaugurarse la capilla del Buen Jesús en Pirapora, recibía los primeros peregrinos venidos hasta de Minas Geraes, a caballo, a través de leguas infinitas, por atajos impracticables casi, en viajes que duraban meses.

Se creó, pues, la leyenda de que la imagen era milagrosa, que había sido colocada allí por Dios, y su resultado fué lo que hoy se observa en el extraño museo que el poblado posee.

Los romeros que van a Pirapora para agradecer los favores que recibieron, posan ante los fotógrafos apostados a la puerta de la capilla, y ofrecen las fotografías, con dedicatorias inocentes al Buen Jesús, o le dan, como presentes, mechones de cabellos o prendas íntimas. En la capilla no quedaba ya lugar para guardarlas. Hubo que construir una especie de galpón, ancho y largo, y es en ese museo donde pueden verse hoy todas esas extravagancias que motivarían un regocijante volumen de Mark Twain. Se advierten en él, entre muchas otras cosas, velos de novia que atribuyen su felicidad conyugal a la célebre imagen; retratos de vacas, que curaron, porque sus dueños rezaban piadosamente pidiendo al Buen Jesús que las librara de la fiebre aftosa...

Y el río, en donde la imagen fué hallada, se transforma en los días romeros, en un nuevo Jordán, cuyas aguas curan los males del cuerpo y limpian las almas...

Hombres y mujeres, junto a sus orillas, se quitan los zapatos y chapotean en sus aguas turbias con el pensamiento puesto en el hijo de Dios. Luego, en el curso de la pequeña rampa construida frente al sitio del apareamiento milagroso, van recogiendo, al paso, los guijarros que encuentran, se secan los pies con el pañuelo en el que ponen y atan las reliquias, y satisfechos regresan a sus lejanos penates, confiados que, en los días venideros, el Buen Jesús de Pirapora les dará salud, paz y dinero.

Las fiestas empiezan un día domingo, a las nueve de la mañana, y terminan el siguiente, a las nueve de la noche, con el regreso de casi todos los romeros, porque muchos hay que se quedan y recien uno o dos días después, exhaustos,

empresen el camino de San Pablo: son los negros, los exóticos huéspedes de la "Casa das Congadas", intimamente semejantes a los personajes alucinantes de las macumbas.

Al caer la tarde sube la ancha escalinata de piedra que va a dar allá arriba, al Seminario. El abad belga, rechoncho y risueño, me invita a visitar la hermosa capilla que mandara construir allí. Una capilla toda blanca de severo estilo gótico, y el altar, en madera de ley, color chocolate. Los rayos del sol hieren, los vitraux colímbos. Cerca del altar, colocados entre dos columnas grises, veinte religiosos de hábito color crema, rezan en voz alta el triste y monótono oficio divino.

Poco a poco, todo empieza a adquirir un tono violeta, y un aire remansado de misticismo y de recogimiento.

Salgo y atravieso amplios claustros desierto. Por un ventanal que quedara abierto un poco más adelante, llega, apagadamente, el ruido del bombo y de los tambores que cadencian las danzas bárbaras de los romeros negros, en la "Casa das Congadas".

Vaya usted a verlos, más tarde —me aconseja el abad— Por la noche, el espectáculo le impresionará mucho más.

Acepto el consejo y espero que la luna suba.

La "Casa das Congadas" es, exactamente, como un gaipón de Aduana, con dos piezas. Dentro no hay paredes interiores. Díjrase una amplia cancha techada para cobijar un match de fútbol, en un día de lluvia. Nada tiene que sea bonito: es sucio y sordido.

La Municipalidad la construyó para el uso exclusivo de los romeros pobres que no conducen carpas ni pueden pagar alojamiento. A fines de julio se abren sus portones, y quien quisiera puede penetrar en ella; la entrada es gratuita.

Los romeros —más negros que blancos— van entrando con sus bagajes y acompañados en el lugar que más les plazca. Extienden la estera que les servirá de cama, y al pie de ella colocan el brasero seco y alabias (feijão), que, allí mismo, irán preparando para sus merendas. De lo alto penden vagas lámparas eléctricas. La "Casa das Congadas" no requiere el lujo de las lujas profusas.

Apoyada a una columna está una vieja negra, que fue esclava de un hidalgo paulista, hace cerca de cien años. Su rostro son dos ojos, una boca y una nariz perdidos en la maraña de las arrugas. Y de sus bellos marchitos y amarrotados cuelga un cachibío que desprende un olor horrible de sarro. Viste ropa de percal que debió tener colores vivos en otros tiempos y mira cuanto le rodea con "saude" y alegría a un mismo tiempo.

Está en su medio, y de ahí a poco sus cien años bailarían también, aunque lentamente, al ritmo de los sonajos y tambores africanos. Durante toda la semana, que terminará dentro de poco, centenares de caeceras hervirán en la "Casa das Congadas", al amor de los braseros que llenan de humo sus dos pavimentos.

Mis ojos arden ya, irritados por la humaza. Los de los negros, no. Brillan de contento, felices de las danzas que ven y con el burullo que sienten. Respiro, y siento náuseas. ¡Esas esteras, esos cuerpos cansados que conservan sudores de siete días!

Los bombos rezongan y los tambores repican. La multitud se cede a su alrededor, espafiando. Es la "congada", la danza que no tiene fin, que revive en el Brasil de ahora el África de los primeros esclavos que los portugueses arrearon hacia el continente nuevo.

De pronto, un soldado se quita la chaqueta, las pantorrilleras y se ayuda en la cabeza un pañuelo colorado. Toma el bombo y comienza a golpear en el cuero tenso, arrancando de él sonidos duros y roncós. Y con el instrumento apoyado al vientre, golpeando siempre, avanza tres pasos y retrocede otros tres, acompasadamente. Se inicia la "congada".

—¡Qué es la "congada"? Nada más que eso: un cimbrear monótono de torsos de hombres, que se despojaron de sus sacos, y de mujeres que se desprendieron de sus zapatos de taco alto y de sus medias de seda... Y se retorcieron, giran en torno de sí mismos, imprimiendo al ritmo bárbaro el bárbaro compás de la danza, en tanto que sus voces cantan, en sonidos entrecortados un estruendo que no cambia nunca.

—¡Oh, meu Deus de céu! Grita un negro espigado. Y los otros, acompañando la cadencia del bombo: —Eh! seu barao vac me pegá!

Y con la humareda que continúa desprendiéndose de las brasas vivas, debajo de las caeceras de barro, la "Casa das Congadas" parece un subterráneo envuelto en la penumbra, en donde danzaran, alcoholizados, mil negros traídos de la Costa de Marfil.

—¡Oh, meu Deus de céu! —Eh! seu barao vac me pegá!

La "congada" viene hace siete días, día y noche, haciendo contorsionar cuerpos y tañer bombos y tambores. Y la "congada" continuará hasta rayar el sol.

Danzan algunos durante media hora, y salen extenuados para descansar sobre la primera estera que encuentran. Ocupan sus puestos otros que ya descansaron. Chocan tañedores de bombos y bailarines. La "congada" prosigue, porque es la propia alma del África, una emoción africana, un mito continuo...

Me aproximo un poco más, y advierto en los cuerpos femeninos en confusión, que cimbrean y que cantan, figuras blancas casi ya, mulatas graciosas, que en las calles principales de San Pablo hacen el footing por las tardes y tienen sus admiradores.

Como todos, ellas también se pusieron en desalino, como si el ritmo salvaje, dominando las, hubiese borrado el pequeño barniz de civilización que las hace, lejos de las "congadas", hermanas casi nuestras, los que tenemos conformación europea.

—¡Oh, meu Deus de céu! Alucinado, el soldado del pañuelo atado a la cabeza toca el bombo violentamente y da tres pasos hacia adelante y tres pasos hacia atrás. Y los bailarines —organillos de cuerdas en precipitación— cantan y se contentan: —Eh! seu barao vac me pegá!

Un chauffeur portugués se entusiasma y quisiera integrarse en el ritmo negro. Sus movimientos son iguales y, también él, repite el "estribillo". Pero fracasa, porque el microbio de la "congada" no está en su sangre. El reloj bate la medianoché. Allá arriba, en la colina, se apagan las últimas luces del Seminario, que queda envuelto en el silencio de los claustros. En sus automóviles, en los ómnibus, en sus caballos, en sus pesadas carretas, los romeros emprenden la retirada. Pirapora vuelve a ser un villorrio quieto y holgazán. Pero en la "Casa das Congadas" continúan extraños al calendario que señala el final de la fiesta. Subo a mi automóvil. El poblado desaparece, a poco, en la curva de la carretera. Sin embargo, mis oídos oyen aun, a la sordina, el ruido de la danza bárbara que no quiere morir. Llevado por el viento el eco sordo del bombo barrena el silencio de la noche y las voces fatigadas, desfallecientes, dejan oír a la distancia, el estruendo monótono, enorme, agitando la "congada": —Oh, meu Deus de céu! —... vac me pegá!



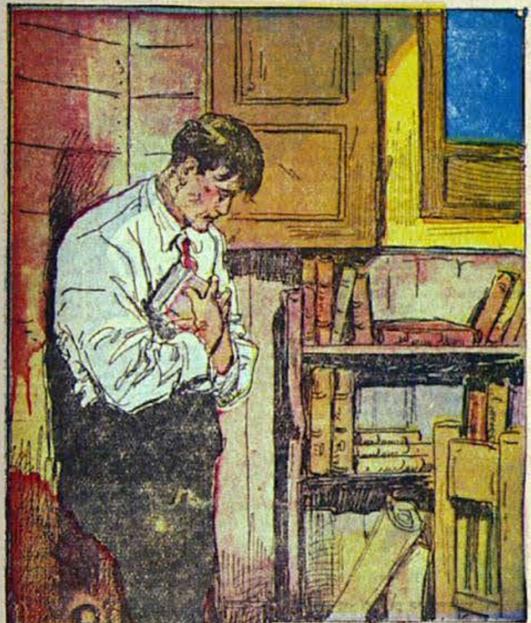
por Santiago Dosetti ILUSTRACION DE ROJAS

BRASIL GERSON ILUSTRACION DE GUEYARA

NO HAY VACANTES

ENRIQUE Marchiona apenas había pasado los veinte años. Había con su familia — sus padres y una hermana — dos piezas pequeñas de madera, en una casa de suburbio.

Desde hacía ya tres años carecía de trabajo. De la miseria ciudadana, sólo el esfuerzo afanoso del padre lograba que en el hogar humilde se tendiera la mesa dos veces cada día. Por eso, a las horas del mediodía y de la noche, veía el muchacho llegar al sufrido viejo con el rostro sudoroso, las espaldas agobiadas por el duro acarreo de cajones en un almacén mayorista, y sorprendía en el fondo de sus ojos aquella amargura producida por la difícil situación de la familia germinada en una sorda irritación contra el destino, sentados los cuatro en torno de la mesa, a tiempo que se tomaba la sopa, comenzaba la madre murmurando las dificultades que había con los acreedores; hablando de lo que faltaba en la casa y de que muy pronto, por falta de cubiertos, iban a verse obligados para comer, a ser-



...ceía que, así, de ese modo, se estruía. Entonces el padre respondía enternecedor: —¡Bueno, que estudie una carrera!... Médico, abogado, en fin, cualquier cosa de esas. Yo lo ayudaría, para que, hoy o mañana sea algo... Pero, ¿qué adelanta con leer las cosas que lee? ¿Para qué sirve eso? ¿Para qué sirve? —terminaba irritado.

En las discusiones con sus amigos del barrio, por el mismo motivo, Enrique sostenía un apasionamiento la suprema utilidad de los libros. Y al fin, aunque éstos concluyeron por darle razón, ostentaban siempre una sonrisilla de tolerancia ante sus argumentaciones, demostrativa de que aquella idea que aceptaban, sin haber logrado vivir en sus cerebros, era sólo un adorno para sus labios.

En la tarde leía junto a la ventana de su cuarto, cuando vio aparecer por el patio la figura de uno de sus amigos. Este, antes de verlo, se dirigió a la hermana de Enrique y, después de un saludo, declaró con petulancia: —¡Qué hermoso día! El perfume de las flores, el arrullo de los pájaros. ¡Ah! Advertiendo de pronto a Enrique en el hueco de la ventana, continuó: —¡Eh! ¡Siempre leyendo! La vida hay que vivirla. ¡Yo leo en el grandioso libro de la vida! Y después de una carcajada, le dijo amablemente: —¡Mañana vas a ir allá? —Sí, voy a ir —respondió Enrique. —Bueno, entonces, te dejo. Vine de paso. ¡Esa noche estoy de baile!

si los coros de la tragedia griega anduviesen ambulando por el mundo.

A lo largo de tales meditaciones, el día se iba extinguiendo. Y cuando la luz crepuscular cubrió la casa en silencio, Enrique tuvo miedo. Frente a aquel horizonte así tiempo, en el que se continuaba la noche y el día, invadido por la melancolía del atardecer, sintióse solo, desamparado ante la realidad trágica de su vida. La rápida sucesión, en el recuerdo, de todos los momentos ingratos, de todas las circunstancias miserables de su existencia, tan fáciles de remediar y de tanta imposibilidad a la vez, lo desesperaba como nunca. Y sobre todo él, que siempre había escuchado con dolor cuando alguien se lamentaba quejumbrosamente de la vida, y ardido en el deseo de gritar: "No la insultéis a ella! ¡No insultéis a la vida!", presentaba ahora que, en un día cualquiera — sus labios iban a dejar escapar, como en un gemido: "¡Ah, qué vida! ¡Qué vida!"

Entonces encendiéndose en su alma el anhelo fervoroso de apoyar la cabeza en la falda de una mujer; una mujer que oprimiera dulcemente, con manos acariciadoras, su cabeza atormentada; una mujer de brazos fuertes y pecho exuberante, que le sofocara a besar. De pronto, al escuchar un ruido en el techo, producido por un gato, irguió el cuerpo, doblado insensiblemente por el ensueño, y con un gesto nervioso se alió el cabello. Después, casi a tientas, tomó un libro de la estantería y con ademán pausado lo oprimió contra su pecho.

Así, parado en medio de la habitación, recordó este párrafo del libro: Cada vez que una generación envejece y reemplaza su ideal por hastiados apetitos, la vida pública se abisma en la inmoralidad y la violencia. En esa hora, deben los jóvenes empuñar la antorcha y pronunciar el Verbo. ¡Pronunciar el Verbo...! El entusiasmo que aquella invocación vibrante le produjo, huyó en derrota ante la visión de las calles heridas por el sol; las calles hoscas, que sólo ofrecían a los sin trabajo un camino sin horizonte; un camino en el que nunca encontrarían una montaña que escalar o una muralla donde estrellarse.

Y Enrique sintió que la debilidad de su rebeldía anónima estaba condenada a diluirse en el curso incesante del tiempo, por las calles tranquilas de la ciudad. Al fin, alzó la cabeza, y como si quisiera engañarse, dijo con voz temblorosa, acogida: ¡Fe y esperanza en el porvenir! Luego de una pausa, repitió con más firmeza: ¡Fe y esperanza en el porvenir!

Después sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y aunque comprendió que con un leve esfuerzo las hubiera contenido, no lo hizo. Lloró con el libro apretado sobre su corazón. Al día siguiente, muy de mañana, Enrique emprendió el camino rumbo al establecimiento, donde esperaba conseguir ocupación. Siempre, cuando la distancia que tenía que recorrer a pie era larga, olvidábase de su personalidad y se fingía ser otra persona, para entretenerse. Así fue que, ese día, al salir de su casa, se imaginó que era un general en jefe, partiendo al frente de la guerra. En tren bizarro descendió los cinco escalones del zaguán y caminó las primeras cuadras. Pero luego, cuando comenzó a sentir violentos deseos de fumar y consideró la imposibilidad de satisfacerlos, quiso estar más a tono con su andar sacrificado y rebajándose el grado militar se convirtió en un simple oficial. Un modesto oficial sin fortuna, como esos de las novelas francesas del siglo pasado — encargado de conducir un regimiento a través de los yermos campos de batalla. Y además puso al frente de la tropa, a su lado, a un oficial para que le sirviese de compañía.

—Hermosa situación, oficial — comenzó a decir mentalmente Enrique. — En verdad que es poco menos que desesperada. ¡Pero, qué hacer! Así han llevado la guerra nuestros generales... Y no recuerdo haber oído nunca que hubiera en alguna parte tropas tan hambrientas y rotas como las nuestras. ¡Ah! Oficial... Nosotros no nacimos para la victoria. Así continuó con los largos intervalos a que le obligaban los incidentes de la calle, hasta que al fin llegó frente a la casa de su destino. Vaciló un momento ante la lujosa portada de las oficinas, pero animándose al grito de: "¡Al ataque, oficial!", penetró con paso resuelto en la casa. Después de ciertas averiguaciones, el portero acabó por conducirlo ante el hombre al cual le habían recomendado. Este comenzó a hablarle con frases cortadas y voz indecisa: —¡Ah! ¡Sí... es Vd.!... En fin, vea, yo he hecho aquí todo lo posible, pero... Ahora, con la crisis... Quizá más adelante... Más adelante...

Miguel P. Ferrari
ILUSTRACION DE ROJAS



El Paraíso Perdido

MIRA, vos andás buscando que te pase las de Lucifer con el santo Don Miguel, y las vas a encontrar. El patrón es patrón y ande manda capitán no manda marinero — sermonizó Doña Eulogia, dirigiéndose a su ahijado Rudecindo, que retobado y silencioso hacía rato aguantaba la retahíla.

—¿Y qué jué doña, lo que le pasó al "malo"? — inquirió un curioso para cortar los aburridos rezongos de la vieja, que cuando empezaba era de nunca acabar.

—¿Y que líba a pasar? ¿Se un colarito comu' este que se creía qu'iba a poder desafiar a Dios... y así le tamien... — contestó Doña Eulogia, mientras estrababa la masa para las empanadas del día siguiente.

—¿Gueno, mamá, dejése de güeltas y cuente d'una vez — exclamó una linda criollita que cebaba mate para la reunión.

—Ya que quieren v'ia contar la que lí'vo al padre cura en un sermón, allá en mis tiempos cuando la finada mamá, qu'en paz descanse, me llevaba a Iglesia.

Est'era que'l "malo" Lucifer o Mandinga, que tantos apatiferos tiene el comensario'el infierno — ¡crúz diablo! — l'había d'ao pu'hacerse el loco comu' a éste y de puro botarate jué a desafiar a Dios.

Comu'era un gauchito de buena pinta, guiterro y pelador, y siempre había salido bien en los entreceros con los angelitos chicos, un buen día se sintió madero y jué a golpear el portón del Paraíso, qu'es la estancia que tiene Dios en el cielo y andá hacia tiempo l'había echáu a Mandinga.

Como nu'era la primera vez que le daba por voraciar y Dios ya' estaba cansado, lo llamó al santo Don Miguel, qu'era el comensario'el Paraíso y le dijo: 'Mirá

cuando Lucifer se vino en el suelo y con el gañote apretó por la bota'el santo, se le augaba el resuello, largó una gendolina por que las de las mulas con empuño, y arrepentido' sus botaratas, pidió que lo dejaran dir pal mont'el infierno, ande hace churrascos con los empuñados que juven de la gracia e Dios.

La güeno con el cuento — dijo uno y preguntó: ¿Así qu'eso es lo que l'espera a Rudecindo, no? —

—Natural! — exclamó Doña Eulogia — Dende que nació jué retobado, y pa mí qu'es hijo' Mandinga, porque cuando era chico y le quebraban los empuños con zuyos benditos jedía fiero comu'el demonio.

CLODOMIRO CORDERO



Enrique permanecía en pie, frente a él, escuchándole con una leve sonrisa. La negativa no le producía dolor. Paseaba su mirada por el hombre que le hablaba, sobre la mesa de roble oscuro y brillante, casi cubierta de blancos papeles, en donde veía una caja llena de cigarrillos, y del fondo de su alma surgía el convencimiento de que, para su juventud, no había lugar en aquella oficina bulliciosa ni en el taller que sentía cantar a lo lejos.

¡Sí! Estaba firmemente convencido de que, para su juventud, había sobre las puertas de todas las oficinas y todos los talleres, un sólo letrero: "No hay vacante". Entonces sintió plenamente toda aquella negociación injuriosa que el letrero significaba para sus brazos fuertes y la hermosa negrura de sus cabellos.

Apretó los puños, con ansias de tener al frente uno de aquellos carteles — uno de esos carteles en que, sobre un fondo blanco, dicen letras negras: "No hay vacante" — para destrozarlo. ¡Sí! Estaba seguro, sólo al verlo, se lanzaría contra él y lo haría volar en trizas por el aire.

Luego, agotado, emprendió el camino de salida, de vuelta al hogar. Cuando se encontró en la calle, volviendo de nuevo a su ensueño, murmuró:

—Señor oficial, me han nerido en el corazón.

Continuó andando con paso cansado, imaginándose que vestía un uniforme destrozado y calzaba botas rotas y polvorientas. Cuando desembocó en una plaza anchurosa, alzando la vista a la amplitud del cielo, dijo en voz baja:

—Señor oficial, nada importa. Moriremos valientemente sobre el campo de batalla. Nosotros no nacimos para la victoria ni para el goce de la paz.

Y, enervado, volvió a decir de nuevo:

—Moriremos sobre el campo de batalla...

Enrique advirtió entonces que un hombre, que evidentemente había sorprendido sus últimas palabras, le miraba con desdén, sonriendo maliciosamente. Entonces, ya extinguida en su cerebro la figura del acompañante imaginario, fijó su mirada en un banco de la plaza donde estaban sentados un grupo de muchachos vestidos con ropas toscas y, a las claras, en ocio forzado. Frente a ellos, dominándolos con su apostura soberbia, ostentando las dientes blanquitos en una sonrisa franca, estaba un mozalbete, un mozalbete vestido elegantemente, de cuerpo ágil y vibrante, que les gritaba:

—¡River Plate para todo el mundo!

CAFE NACIONAL

"CAFE Nacional" affiche de todo un pueblo de hombres solos, rectángulo de luces de colores de cuyo palco estrafalario rezago de kermesse provinciana, caen pesadas como gotas de plomo las notas malevas de los tangos. Café nacional sombrío de hombres insatisfechos, donde nunca penetró una mujer ni para barrer el millón de pucos diarios.

Encrucijada de taitas en perspectiva, de milicos compadres, de aprendices de pequeros, de malandrines, de muchachos porteños en fin, que sin otro instrumento lícito que el amor crápula o la viveza se defendieron de la vida a tarascones como los perros.

Un día cualquiera tus parroquianos, que llevan el tango en el alma, y en el bolsillo un nispero amaestrado y en cada dedo una ganza infalible se despatraman como una copa de caña, sobre el mostrador del mundo y habrán de progredir de aventura sus vidas que hoy transcurren al parecer serenas frente al penúltimo pocillo de café.

Ahí mismo, sobre la calle Corrientes sos como un símbolo de todos los cafés argentinos, con tu orquesta típica, tu gran máquina express, tu registradora muera, tu piso afombrado de puchos de cigarrillos y tu gran ausencia de mujeres.

El que no conoce a Ramón Sardiñas no conoce a nadie ni del amor, ni del amor puro en el que cantan los poetas pasatistas, sino del amor de ahora, el amor bajo, el amor rante que patina por las calles de las grandes ciudades, se cuele en los corredores de los hoteles de lujo y termina casi siempre con un papel de mil francos pasado de mano a mano como se pasa una baraja marcada entre jugadores fulleros.

Porque no hay nada que hacer, el amor de hoy, to-day, como dicen los ingleses, tiene grandes complicaciones y los que viven de él — los Caballeros del Amor — necesitan conocer al dedillo los mil complicados resortes que abren generosamente al final del trabajo pasional la cartera de la hembra satisfecha.

Ramón Sardiñas fué eso: un maestro en el arte amoroso aventurero. Su boca que hoy se argieta en cuatro o cinco surcos inequívocos de vejez, fué durante un pedazo grande de su vida, amable rincón de besos magníficamente pagados.

Ricas americanas del Norte, condesas auténticas, adineradas cocottes en relache y aristocráticas sudamericanas tasaron bien la juventud de Sardiñas, enamoradas de su porte popular, pero sobre todo su pinta, mitad señor y mitad truhán, que ejercía notable fascinación en las mujeres de todos los climas.

rio, su billetera de cuero de Rusia estuvo siempre repleta de moneda internacional: cinco mil francos, cien dólares, mil pesetas y en un rincón, como un símbolo, un papel de cien pesos argentinos, que en el peor de los casos le aseguraba el regreso a Buenos Aires.

Porque eso sí, nunca, ni en los períodos de mayor apogeo de su suerte, cuando una holandesa multimillonaria lo tenía a puro Rolls-Royce corrido y lo hacía dormir en cama de mármol con sábanas de seda negra, Sardiñas alejó su pensamiento de Buenos Aires, porque ahora hay que hacer una pequeña advertencia: Sardiñas no era argentino, era auténticamente porteño.

Cuando, corriéndose alguna aventura llegaba a esos magníficos hoteles ignicel, que existen en todas las grandes capitales del mundo, Sardiñas se instalaba como un gran señor en un apartamento de lujo, y luego, en seguida de haber alejado al camarero con una propina rumbosa de principio, buscaba del fondo de sus baúles un calentador viejo, una pavita enlozada y un mate ordinario, e inmediatamente ensillaba con fruición un amargo argentino que aguarangaba con su aroma

padritos en París, no tenía rival.

Cuando Sardiñas le decía a alguno de los pibes que pueban las típicas argentinas: "Atropellate aquella mina y trabájala en esta y en esta forma", no había temor de que el asunto fallara, a la mañana siguiente, bien temprano aparecía el criollo un poco pálido pero con los mil francos planeados en el bolsillo. Como táctico del amor, Sardiñas no tenía precio.

Y ahora vivía de eso, recorría los dancings donde tocaban orquestas criollas, estudiaba detenidamente el elemento fiestero, donde tenía tantos conocidos y cuando veía alguna mima rica que quería divertirse, le buscaba compañero en seguida.

Una presentación sola bastaba para hacer arreglar a cualquiera.

—Madame — le decía en un correcto francés de aventurero, Sardiñas a la mujer elegida. —



esconde la camisa de seda que es el primer síntoma de su encumbramiento.

Con esta francesa, Sardiñas se peleó, porque opinaba mucho y hacía chistes, y a él, que creía que la vida y el amor era una cosa seria, le molestaba.

—Con esta "cola", se dijo en una salida nocturna y obligada de la francesa, puso el mate en un baúl, le rodeó de las demás cosas y le dió tranquilamente el esquinazo; se tomó un globo.

La francesa volvió de madrugada y al ver que Sardiñas se había ido, se suicidó, dejando una carta en la cual decía que se mataba por amor.

La policía detuvo al día siguiente a Sardiñas, pero luego lo puso en libertad; el suicidio de Ivonne fué el único antecedente policial que tuvo de Sardiñas la policía europea.

Ahora el tenorio criollo tenía cincuenta y cuatro años, el tiempo lo había puesto ligeramente cachuso y aunque inmediatamente se adivinaba en él el hombre pasional que fué, su carrocería tenía serios desperfectos.

—Con esa pinta y lo que yo sé — decía tristemente Sardiñas cada vez que veía pasar al joven muchacho buen mozo, despidiendo juventud con viejas locas.

Pero no había nada que hacer, el hombre que hizo suicidar varias mujeres, que enloqueció rusas y fundió americanas, era solamente una sombra de lo que fué, sus ojos estaban cansados de mirar tanto de frente a las mujeres, sus manos blancas y cuidadosas estaban garabateadas de arrugas y ni su pecho amplio respondía ya al llamado instintivo del Don Juan, ya no se inflaba más.

Solamente su espíritu no se daba por vencido y con palabras estudiadas o contando mentiras salía sacriales todavía algunos pesos a las mujeres.

En cambio como profesor de juventud resultó un coloso y apadrinando muchachos com-

—Baillé apretado y no la había. Cuando terminaba el tango, en dos palabras de argot, el muchacho le hacía saber a Sardiñas todos los promeriores del negocio. Un guño cualquiera le daba a entender si el asunto estaba listo, aunque por la manera de perderse, ya Sardiñas sabía de antemano si la mina había entrado del todo o había que seguirla afilando. Después, cuando el muchacho le daba el primer beso en la mano a la candidata, Sardiñas, con un pretexto cualquiera, abandonaba el palco o la mesa y los dejaba solos. Al retirarse, una sonrisa imperceptible de satisfacción se diluía en sus labios finos de conquistador, porque en ese amor iba también indirectamente prendido él, con el treinta y cinco por ciento del sport.

Carlos de la Púa
ILUSTRACION DE MOLAS

La Hermana Sola

POR
MARGARITA ARSAMASSEVA
ILUSTRACION DE FACIO HEBECQUER

vertidas en un fondo acolorido...
— profiere estremeciéndose la voz como si la vista de la tela volviera a avivar el complejo de emociones que la unen todavía a la obra. Llamada ya por el deseo de traducir con palabras la imagen del sentido que la había cautivado, prosigue hablando con inesperado ímpetu:

—El sapa, que es quizá otro punto discutible de la composición, no tiene en realidad ninguna importancia. Lo pinté porque cayó en la trampa y se convirtió, por consiguiente, en el motivo de una determinada actitud de los niños... Si hubiera llegado cinco minutos más tarde no existiría ahora el sapa ni tampoco mi cuadro! Ya ves, la imagen me salió de una manera imprevista, espontáneamente. El mejor modo para sorprender las sensaciones... Lo que ves de agresivo en los ojos y en las manos es lo directo, lo brutal del instinto de cazador. Las manos curvas del deseo de asir, los ojos que acosan, que reducen la presa. Miran en ellos la voluptuosidad cruel, la expectante impaciencia de matar... Estos niños disfrutaban del espectáculo más delicioso, más embriagador para la oscura voluntad que habla en ellos. Ver a su presa rendida, indefensa, dócil al impulso triunfante del perseguidor... Tean los pies, un frío agradable estimula la pez de tu conciencia. Atrás satisfecho, tranquilo. En el punto opuesto al dinero que se ganó sentido, sin hacer nada.

Pero, Roberta no se siente tranquila ni satisfecha. Le pesa la ausencia de deseo que se desvaneció dejándola inerte y desorientada frente al lienzo. De pronto, como una punzada que miente se adentra en su conciencia el recuerdo de su próxima partida... Recuerdo de aquí, correr los ojos en la noche estrecha y sofofante del tren en marcha hacia un mundo de incertidumbre y al abrirlos encontrarse con una realidad distinta... Con paredes grises, altísimas, manchadas de hollín, infranqueables que ocultan millones de vidas artificiales, de conciencias aplanadas por la presión de los muros, temerosas de espacio y de libertad. Paredes con miles y miles de puertas herméticas, aseguradas con cerraduras automáticas, patentes, invisibles, cuyas llaves están cuidadosamente guardadas en el bolsillo de los prudentes ciudadanos... Marcharse de aquí, ver la intensa existencia de las cosas magníficas y salvajes que la rodean, como algo vago, desfigurado ya por la memoria, como un sueño o el recuerdo de un sueño... Este suelo entrañablemente familiar en que se apoyan sus pies, este suelo puro de sal, perfumado de viento cálido y de pequeñas floritas rojas que se adhieren a su soberbia aridez; el suelo firme con la firmeza natural de roca virgen, el suelo no adulterado, inmemorial, primitivo que se expande en amplio movimiento de la planicie y se alza en cerros ondulantes o en crestas de penascos azules donde anidan las águilas de potentes alas blancas...

—Roberta, los niños en tu cuadro impresionan... Les noto no sé que de febril, de despiadado en los ojos, en la forma de las manos... — comenta Lía haciendo girar con aire meditativo su abigarrada sombrilla. Ha despedido a los muchachos, ha guardado ya los pinceles y los tubos de pintura en la caja y ahora se arrima al lienzo y examina la composición de su hermana.

Al oír la voz de Lía, Roberta se da vuelta y la mira con extrañeza, de un modo fijo y ansioso. Por la manera con que sus ojos se detienen en la figura de su hermana mayor se podría deducir que analiza un efecto de luces o trata de captar alguna impresión relampagueante que le inspira el vivísimo reflejo de colores que se arremolinan sobre el semblante de Lía. De improviso su aspecto se resanima. Sonríe divertida y halagada y avanza con paso ligero por entre la tesitura agresiva de las penas.

—¿Que decías de los ojos y de las manos? ¿Que resaltan? ¿Ciertos! Las figuras quedan con perseguir, de dar alcance, de apoderarme de mi deseo... Vivo acechando y sujetando... Gozo en sorprender un reflejo que asoma a la superficie, un movimiento incauto que enseña la esencia de una naturaleza, el color que fluye, la cambiante verdad de las formas que parecen inalterables... Cuando vi las rígidas figuras de los muchachos agrupados alrededor de la trampa, quedé deslumbrada. Me temblaban las manos de alegría... Era la sensación que buscaba, que perseguía, sin saberlo... Se me revelaba la expresión de un instinto desnudo, recio, primitivo, despojado de toda escoria de la hipocresía civilizada... Y con un gozo no menos cruel y delicioso que el de un cazador afortunado, apreté ese instante único y fijé mi impresión en la tela.

Lía ha cesado de agitar su sombrilla.

—Te entiendo perfectamente, sólo que has sentido... Pero, supongamos que Delia y su marido esperaran otra cosa de vos? Manifestaciones más académicas de su talento, cuadros que estén

al alcance de espíritus medianos, rutinarios, privados de espiritualidad, incapaces de comprender lo que hay de revolucionario, de originalismo en tu visión de artista?

Viendo que Roberta contemplaba burlescamente su lienzo y no responde, exclama con súbita emoción:

—¿Lo tienes de papá! El era también apasionado en sus deseos, imaginativo, idealista, ciego a la realidad prosaica de la vida! En la familia todos hemos salido así: ingenuos, exentos de sentido práctico, inconscientes frente al brutal positivismo de las personas que explotaban nuestra prodigalidad! Mamá, nacida en la abundancia, generosa por instinto, vivía en el placer de socorrer a sus semejantes, y como ignoraba el valor del dinero su largueza no conocía límites... Papá gozaba infinitamente más con la idea de haber logrado su ambición que con el beneficio material que le proporcionaban los hechos concretos. Estoy convencida que se casó por segunda vez porque había puesto su deseo en la infante fortuna de mamá. Sin embargo nunca vi persona más despreocupada de su situación económica, más indiferente, más despreciativa de la riqueza que

Asia, China, la India, Centro América...
—Ah sí, papá! ¿Qué hombre extraordinario! — sonríe Roberta enternecida con el vago recuerdo del padre. — Sospecho que le ocurría con la fortuna de mamá lo mismo que a mí con mis pinturas terminadas: tedio insuperable como la presencia de un viejo amante a quien ya no se quiere; deseo de eludirlo, de pasar de largo... Habrá malgastado la fortuna para no sentir el peso de su ambición lograda y... muerta. ¡Terrible! Lo que pesan los deseos realizados!

—De todos nosotros la única previsora, astuta y calculadora ha sido Delia. No sólo disfrutó ampliamente la febril y lujosa existencia que llevaba en nuestra casa, sino supo también, de un modo muy conveniente para sus intereses personales, especular con el sincero afecto que le profesaba mamá... Hasta ahora he tallado cumpliendo la promesa que había hecho a mamá de guardar secreta su espléndida generosidad con nuestra media hermana, pero dada la angustiosa situación en la que nos encontramos actualmente, me considero con derecho de decir la verdad... Mientras que nosotros carecemos en absoluto de

magnífico de nuestra familia, vivió Delia mimada y dichosa, hasta el día en que sobrevino el derrumbe definitivo de nuestra fortuna que coincidió con la espantosa y repentina noticia del fallecimiento de papá. El se hallaba en viaje de regreso a Buenos Aires cuando el buque en que efectuaba la travesía sufrió averías gravísimas y se fue a pique presa de las llamas... ¡Sí, he vivido momentos de horror, de locura, de desesperación sin nombre... Quisiera no despertar estos dolorosos recuerdos, pero te debo la verdad respecto a nuestra situación frente a Delia. Todo lo que posee esta, su dinero, su posición, su casamiento, se lo debe a la bondadosa voluntad de mamá. Poco antes de morir mamá le regaló cien mil pesos. ¡La cantidad de cien mil pesos que depositó a nombre de Delia!

—No lo sabía... — murmura Roberta pensativa y sin evidenciar la menor sorpresa.

—Debes recordar el viaje de Delia — continúa diciendo con énfasis su hermana —. Su partida precipitada para Europa que ella trató de relacionar con una imaginaria enfermedad, tenía todo el aspecto de una huida ante el desastre que amenazaba nuestra propiedad. Nos abandonó sola, desamparada, aturdida por la angustia, llevándose consigo su fortuna que le fué donada por mamá y... ¡durante diez años no tuvimos noticias de ella!

—Ahora viviremos juntas... Su modo de escribirme me parece muy cariñoso, muy sincero.

delicada y magnánima compasión de mamá para con ella... Aun compartiendo con nosotros su fortuna, su posición, la intimidad de su casa, le será difícil hacernos olvidar las ansiedades y los agravios que hemos padecido por culpa suya. ¡Ella es responsable de nuestra desdicha y tendrá que responder por su maldad, expiarla amargamente!

Cambiando de improviso de entonación y brillando en su mirada un destello de mordaz ironía, agrega:

—Ven que he juzgado los sentimientos de Delia con el espíritu de nuestra familia: idealizándolos. Hablando de su remordimiento me he dejado llevar por mi imaginación. Debemos apreciar la conducta de Delia en su plano de realidad. Los negocios de su marido la retienen en Buenos Aires y la relacionan con personas de destacada figura social. Obligada a frecuentar las viejas amistades de nuestra familia, Delia disimula y teme...

Una indiscreción de mi parte podría desacreditar a los ojos de sus distinguidos relaciones, podría ser fatal, cerrar las puertas de los más prestigiosos salones, turbar y quizá destruir la paz de su casa, la confianza que deposita en la honorabilidad de Delia el esposo de ésta... Es lo que piensa nuestra media hermana y lo que teme de mí... Y yo tengo una memoria fiel, clarísima, de largo, muy largo alcance. Recuerdo los hechos más inconformes, más increíbles del dudoso pasado de Delia que ella oculta secreta, un lodazal en ese pasado de Delia que ella oculta celosamente a la curiosidad del mundo. Estoy enterada de dicho episodio, lo conozco en sus menores detalles, porque fui, sin intervención directa de mi voluntad, la confidente de Delia y testigo de ese sombrío asunto... Ahora Delia trata de comprarme, calcula el valor de mis recuerdos... ¡Y si poseyera yo, además, pruebas concretas, irrefutables!

Roberta la escucha en silencio. La contraria y la repele ver la vengativa violencia de su hermana, su aspecto iracundo. Y cuando ésta, pálida, le mira desde el rincón de aliento, Roberta le replica quedamente, los ojos llenos de instintiva incredulidad:

—Hubiese preferido ignorar la procedencia de la fortuna de Delia... No sé por qué, pero es algo que me apena y me molesta conocer. Por otra parte, hielos bien en decirme... Trataré en la posible de independizarme de la voluntad de Delia. Aceptando sus demostraciones de afecto, me sentiré incómoda, humillada por el recuerdo de lo que terminas de referirme... Dudo que personas como lo es nuestra media hermana sean sensibles a la gratitud o a cualquier otro móvil de simpatía elevada, más bien creo que miran con odio y con desconfianza a sus bienhechores... Es una cuestión de naturaleza de conciencia, nada más... Pero nuestra propia actitud frente a Delia no será menos ingrata... Viviendo en su casa, beneficiándome con su generosidad me sentiré perseguida por la idea de que cometo un acto de extorsión... un chantaje moral!

El semblante de Lía se demuda.

—¡Eres cruel, Roberta! — dice reprimiendo su indignación. No obstante insiste en que aceptemos el ofrecimiento de Delia... Hace ya tiempo que vivimos con el dinero que ella nos envía.

Ascienden calladas al sendero que conduce a la población. Contristada, presa de incertidumbre, Roberta se distrae inconscientemente mirando pasar una caravana de burros que van cargados con bultos enormes. Debajo de la toca lona que recubren los fardos, asoman los ardientes colores de las mantas, los sedosos flecos de los ponchos, el rojo, el azul, el amarillo deslumbrante de los cabrocas flores de la imaginación indígena. El seguro andar de las bestias, los broncosos y taciturnos semblantes de los troperos, finos de pies desnudos y de im-

viles hombros, los matices vivos de los tejidos y toda la impresión de movimiento acompañado que anima la caravana se unifican de pronto en un impulso jubiloso y pujante que fluye a través de Roberta estremeciéndole ardorosamente el alma...

Cuando la luminosidad de su éxtasis se esfuma como absorbida por una nueva sensación de paz y de seguridad, Roberta recuerda que recién había ofendido a su hermana.

—Expondré mis lienzos en los Amigos del Arte. Con lo que he pintado aquí tengo material suficiente para llenar tres salones — dice Roberta a tiempo que abre la sombrilla y se la entrega a su hermana.

Lía la contempla con cierta extrañeza no desprovista de repentina complacencia. Su expresión se dulcifica, una leve sonrisa le reanima la boca.

—Eso prueba que eres más sensata de lo que yo creía — comenta apoyándose en el brazo de Roberta —. La vez pasada me costó trabajo inaudito convencerte. ¡Tuve que organizar yo misma tu exposición! ¡Cómo protestabas resistiéndote a enviar los lienzos al salón! ¡Que luchas sostuvimos antes de hacerte entrar en juicio! Vos te obstinabas, no querías hablar con nadie... Una verdadera maníaca. Yo no podía comprender el motivo de tu aversión por exponer las obras en público. Estas eran muy originales, muy bellas y atraían el interés. Vendimos bien y casi todos los lienzos. ¡Fué un éxito! Espero que la próxima exposición te producirá el mismo beneficio que la anterior...

—Será mejor que vos te encargues de la venta... Yo no vivo para estas cosas... — responde Roberta.

Se da cuenta de que está muy cansada. Le duele el corazón al subir la pendiente y la caja de pinturas que lleva en la mano adquiere un peso inusitado. El calor, la aridez reverberante del suelo, la voz de Lía que habla con creciente animación, la idea de su regreso a Buenos Aires, el fino polvo blanco centelleante de partículas de mica que el viento le arroja a la cara, todo la hiera y la agobia.

—Con invitar a las recientes amistades de Delia te aseguramos un ambiente favorable para la venta... Ella recibe en su casa a personas influyentes en el mundo de los negocios, conocidos industriales, importadores, nuevos ricos, la gente snob... — prosigue hablando Lía.

—Importadores, nuevos ricos, la gente snob... — repite Roberta sin comprender lo que dice, por completo ajena al sentido de la conversación.

Y piensa:

—Que idea más absurda la de vender mis viejas sensaciones! ¡Comerciar con mis gozos agotados, desvanecidos, con mis deseos agotados! ¡Cómo imponer a la gente la obligación de comprar la imagen de una impresión que he vivido, que ha cesado ya de interesarme! Relacionar con el valor del dinero algo anhelante, impondrable, ardoroso que se alza más allá de toda expresión, que me embriaga, me proyecta con su impulso de regocijo vital, que surge repentino, fluido, que se extingue en un movimiento de mi mano, en una visión que me sugiere el contorno de la luz!... Mientras pinto, vivo la dicha, la intensidad de la ambición que persigo... Luego evito de mirar mis lienzos; me desagrada, me molesta profundamente verlos colgado de las paredes... ¿Qué queda de mi fervor, de mi orgullo apasionado que me eleva en el instante de la creación? Alturas acanzan sobre la tela, angustiosos perfiles huecos de hondura vital, vagas semblanzas de dimensiones inexistentes, grotescas nulidades, nada... Mis cuadros son los cadáveres de mis pasadas emociones...



CUANDO el sapa consigue zafarse del lazo que lo sujetaba, da un salto y prestamente se refugia en un hueco que hay debajo de una piedra. Una sombra inconsciente asoma a los labios de Roberta. Mira con fijez la mancha oscura que forma el hueco sobre la refugiente superficie del terreno: es la única sombra densa, casi negra en el espacio luminoso y como nivelado por la intensidad del sol. Las inmóviles figuras de los niños acurrucados en el suelo proyectan sombras breves, transparentes, de un matiz azul apenas definido. En esa concentrada claridad de mediodía el verde de los cactus palidece adquiriendo una tonalidad opalina saturada de reflejos dorados, encandila el cielo y a lo lejos se percibe la cristalina ondulación del aire trémulo de calor. Un leve movimiento detrás de la espalda de Roberta distrae a ésta de su contemplación de los colores y la obliga a detener los ojos en el lienzo que termina de pintar. De un modo repentino, con íntima alegría comprende que ha concluido su labor.

—Pueden marcharse si quieren... han posado muy bien. Lévense también la trampa... pero no maten a los sapos; son animales mansos que destruyen los insectos dañinos y no hacen ningún mal a la gente... — dice dirigiéndose a los chicos y entregándoles el dinero prometido.

Estos la rodean silenciosamente. Se guardan el dinero, unos sonríen, otros la miran con cierta perplejidad.

—Mi abuelito quedó ciego del veneno que le echó un sapa en los ojos — comenta un muchachito de achatañas facciones de indio. Sus reñegadas pupilas tienen un mirar oblicuo y escarado. Al hablar mueve apenas los labios y su semblante permanece serio, impenetrable. — Quiso matar un sapa y se agachó en un descuido... entonces el bicho le arrojó su ponzoña a la cara... Quedó sin vista para el resto de sus días... lo curaron con toda clase de yuyos, vino el curandero para sanarle la vista, pero nada le ayudó... Así es de maldita la ponzoña que tiene el sapa en la baba. ¿Nosotros, los de aquí, los matamos a pedradas; el bichito con arrimarse cuando el bicho se pone malo!...

Una penosa sensación de impotencia frente a esa mentalidad oscura, hostil a su propia visión del mundo, induce a Roberta a replicarle con forzada placidez:

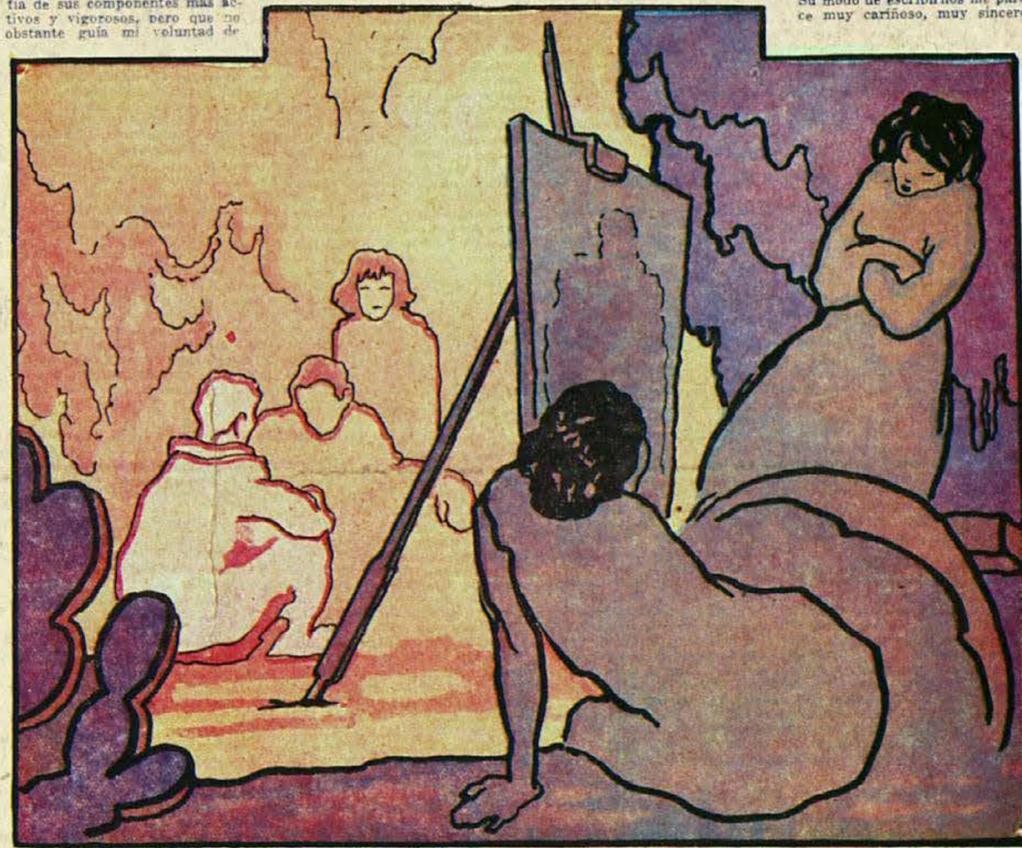
—¿Vas a la escuela? ¿Sí? bueno... entonces preguntale a la maestra si los sapos pueden cegar a la gente arrojándole veneno a los ojos y verás lo que te contesta.

El muchachito la escucha inmovible.

—Oyendo hablar a los viejos se aprende más que en la escuela. El curandero de la Quebrada de Luna, éste sí que lo entiendo todo... sabe lo que dice! Quitá cualquier dolor... y si pone la mano sobre las brisas el fuego se apaga como si le echase agua. Debe tener cien años... ha visto cosas que ningún doctor puede explicar... Conoce el viento malo y el aire bueno que hace crecer la yerba de la vida... — profiere con voz reposada y enmudece. Cierra obstinadamente los labios decidido a callar.

Los niños se mueven como desaprobando la conducta del compañero.

—¿Por qué desconfías de lo que nos dice la señorita? ¡Ella no gana nada con engañarnos! Es instruida, viene de Buenos Aires... se aventura de aspecto respetuoso y de oídos de castaña cabellera... El curandero de la Quebrada de Luna es una mala persona. ¿Quién sabe a cuánta gente habrá echado a perder con sus brujerías! El otro día una señora vino a contar a mamá que la policía tiene orden de de-



persecuir, de dar alcance, de apoderarme de mi deseo... Vivo acechando y sujetando... Gozo en sorprender un reflejo que asoma a la superficie, un movimiento incauto que enseña la esencia de una naturaleza, el color que fluye, la cambiante verdad de las formas que parecen inalterables... Cuando vi las rígidas figuras de los muchachos agrupados alrededor de la trampa, quedé deslumbrada. Me temblaban las manos de alegría... Era la sensación que buscaba, que perseguía, sin saberlo... Se me revelaba la expresión de un instinto desnudo, recio, primitivo, despojado de toda escoria de la hipocresía civilizada... Y con un gozo no menos cruel y delicioso que el de un cazador afortunado, apreté ese instante único y fijé mi impresión en la tela.

Lía ha cesado de agitar su sombrilla.

—Te entiendo perfectamente, sólo que has sentido... Pero, supongamos que Delia y su marido esperaran otra cosa de vos? Manifestaciones más académicas de su talento, cuadros que estén

al alcance de espíritus medianos, rutinarios, privados de espiritualidad, incapaces de comprender lo que hay de revolucionario, de originalismo en tu visión de artista?

Viendo que Roberta contemplaba burlescamente su lienzo y no responde, exclama con súbita emoción:

—¿Lo tienes de papá! El era también apasionado en sus deseos, imaginativo, idealista, ciego a la realidad prosaica de la vida! En la familia todos hemos salido así: ingenuos, exentos de sentido práctico, inconscientes frente al brutal positivismo de las personas que explotaban nuestra prodigalidad! Mamá, nacida en la abundancia, generosa por instinto, vivía en el placer de socorrer a sus semejantes, y como ignoraba el valor del dinero su largueza no conocía límites... Papá gozaba infinitamente más con la idea de haber logrado su ambición que con el beneficio material que le proporcionaban los hechos concretos. Estoy convencida que se casó por segunda vez porque había puesto su deseo en la infante fortuna de mamá. Sin embargo nunca vi persona más despreocupada de su situación económica, más indiferente, más despreciativa de la riqueza que

Está impaciente por vernos, por aclarar el motivo de su silencio... Habrá regresado con el propósito de enterarse de nuestra situación y al conocerla se apresuró a ofrecernos la hospitalidad de su casa... — contesta Roberta condescendiente, deseosa de apaciguar el rencor que agita el ánimo de Lía.

Pero la mirada de ésta se torna dura, hiriente.

—¿No hace más que cumplir con su obligación! — exclama con encono —. Supongo que sentirá remordimiento por habernos traicionado en el momento más terrible, más crítico de nuestra vida y la tardía conciencia de su infamia la obligue a reparar en parte el daño que nos ha causado. Nos encuentra hundidas en la miseria, imposibilitadas a causa de nuestra falta de recursos de arrojarle a la cara su hipocrita generosidad. Vamos a soportar su largueza y el desprecio que ésta nos inspira. Tenemos todos los derechos para disponer libremente de la gratitud de Delia, de su gratitud eterna que jamás, en ninguna circunstancia, podría igualar la





Y ALGUN día también, King Vidor era un hermoso nombre... Una obra comenzó su fama: El Gran Desfile; otra la confirmó espléndidamente: Y el Mundo Marcha; otra mereció en todas partes el honor de muchas parcialidades y polémicas: Hallelujah. Desdichada, ¡cuánta escoria entre esas cumbres, y sobre todo después de esas cumbres!

Recordemos así la insignificancia de Billy the Kid, la pesada sensibilidad del Campesino, la nulidad lamentable de Le Sidio. Y es que King Vidor, genial en sus mejores momentos, no es inteligente. Cuando no está inspirado, no es nada. Posee, a todas luces, una sensibilidad viva, sincera, generosa; mucho mayor que la de Sternberg, porque no es pretencioso ni falsamente elíptico; mucho mayor que la de Lubitsch, que no la precia, ni siquiera para conmovir. Lastimosamente esa sensibilidad, ni sea siempre de calidad muy pura, ni baste a sí sola para resolver ese gran problema, o esa serie de intrincados problemas, que representa cualquier obra — hasta cinematográfica.

No quiero opinar demasiado de El Gran Desfile. En sus tiempos, pareció traer una nueva visión de la guerra, a la vez lírica y precisa, realista y estilizada. Hoy día se oponen a que la contemplemos con la ingenua emoción que sería necesaria los abrumadores progresos de la técnica cinematográfica. Progresos contra los cuales es absurdo protestar; pues no traen mayores dificultades de expresión, y proponen a los directores la economía de medios como una elección, no como una necesidad. Progresos, además, cuya magnífica confirmación artística hemos visto en obras maestras como La Escuadrilla de la Aurora. Probablemente, a pesar de una general amplitud de miras y lealtad de concepción, El Gran Desfile no constituirá, ni aun en la época, una obra capital; probablemente también, a pesar de un plan desordenado, de un fin lastimosamente convencional y de un tal cual pasaje de interés muy pobre, no es tampoco una obra tan insignificante y frustrada como se le ocurre irremisiblemente al espectador de ahora, aunque se esfuerce por verla "con los ojos de la historia", actitud que se puede asumir como una voluntad, pero que no compromete nunca la intimidad profunda; actitud que puede entrañar juicios, pero no convicciones.

Y el Mundo Marcha, en cambio, se puede aún hoy admirar con lealtad; quizás es de las cintas mudas que más interesan ahora, exceptuando las cómicas y algunas soviéticas; y no interesa proponiendo un resignado o pedante ejercicio de anacronismo, sino efectivamente, espontáneamente. Hay varias razones para ello: una de ellas es que no comporta, contrariamente al Gran Desfile, ninguna esforzada mise en scene; que en vez de esas granadas, tanques, ametralladoras y aviones, que unos años más, o cien mil dólares más, volverían indefectiblemente más numerosos, ensordecedores y espeluznantes, King Vidor sólo ha utilizado aquí, y con insistente voluntad, el escenario común de la vida cotidiana y el fondo eterno de los destinos medianos. Se recuerda el argumento de elegida sencillez; un hombre joven llega a la gran ciudad, seguro de la felicidad y el triunfo. Un día, sin que él se dé cuenta, se le ve abismático como tantos, sencillamente y abismáticamente, pero con una humanidad que es enana y se casa. Una gran alegría; gana mil dólares en un concurso; en seguida, y casi supersticiosamente, trada por ella, una gran desgracia: la muerte de un hijo. Y luego, el tejido común y trágico de las vidas difíciles: empleos perdidos y recuperados, perplejidades monetarias, terribles consejos familiares, propósitos frustrados, decepciones tan fulminantes como las esperanzas, enfijos conyugales, reconciliaciones, y alguna alegría más desoladora y pobre que las penas. A veces momentos insonorables, que llevan al borde del suicidio; pero no es ese el fin que corresponde al hombre de alma mediocre, de destino mediocre: el tren que llega, tan fácilmente mortal, pasará; nada ha sucedido. Y el drama, latente o abierto, incoherente y

King Vidor

cotidiano, no acaba con la cinta; seguirá en millares de seres; seguirá por donde haya vida en el mundo, y hombres contra el hombre.

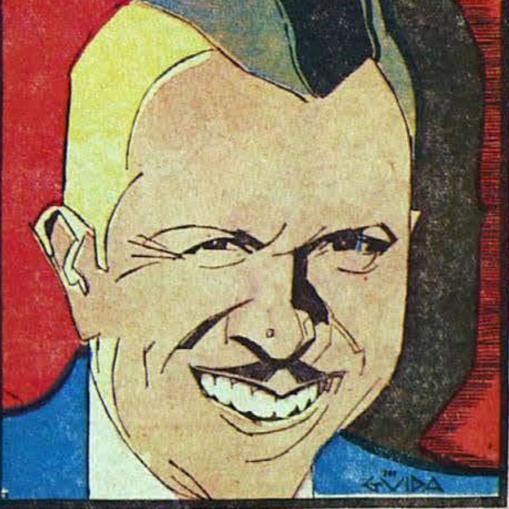
Corresponde con bastante exactitud La Muchedumbre (que ese es el verdadero nombre de la cinta), dentro del cinematográfico, a la concepción del mundo y al arte también de Henri Bataille, dentro del teatro; esta similitud se vuelve especialmente notoria si olvidamos la adición que contrajo el dramaturgo francés a tratar temas excepcionales o morbosos, y pensamos sobre todo en sus otros y más definidos momentos; en que a la zaga de otro talento anterior, y naturalmente mucho mayor, el del Flaubert de la Educación Sentimental, su natural y tierno pesimismo se aplicaba en extraer algo así como la poesía encerrada en el prosaísmo, en el insistente y doloroso prosaísmo, de las vidas humanas. Esta disposición podría, por cierto, parecer algo anacrónica en 1928, fecha de La Muchedumbre; el mal de nuestro siglo se alimenta de otras angustias, y basta para realizarlo, ya que de Bataille hablamos, comparar el pesimismo de su Poliche con el de La Galería de los Espejos o del Veneno, de Bernstein. Pero como el tema del hombre contra el mundo, o contra la vida, contra los minutos de la vida, contra la caprichosa o monótona, la irremedia o mezquina injusticia de la vida, es de siempre, mal podemos protestar contra esa buena cinta, ni aun pensando que su equivalencia actual sería un mal drama o una mala novela. Con alguna indecidez casual, con algún accidente de gusto, La Muchedumbre es y será

Ya recordamos el falso suicidio, tan significativamente expresado; no es menos admirable el momento en que el protagonista — un carácter de profunda verdad general, como seguramente tiene muy pocos el cinematográfico — fracasado, dolido, desalentado infinitamente, rehúsa, sin embargo, con las manos en los bolsillos, apoyado en una puerta, y con una sonrisa de tranquilo orgullo melancólico, el empleo salvador que un cuñado aborrecido viene a ofrecerle. Recordemos también la escena final: la reconciliación pueril, y tan humana, de los esposos; el impulso de la mujer que se había separado del marido por inútil e incapaz, pero que ahora vuelve a los brazos de quien no fue valiente ni afortunado ni será nunca, porque el pobre hombre ha puesto a andar en un fonógrafo una melodía de antaño, y porque con el primer adelanto del miserable empleo de hombre-afiche que ha conseguido, ha comprado para esa noche dos entradas al music-hall. Y va la pareja al espectáculo; y al salir un absurdo payaso, ríe, ríe... Con este hallazgo termina la cinta; su intención de conmovir dolorosamente con la representación de esta felicidad ingenua, inconsciente y pasajera es evidente y bien lograda. Bien lograda como muchos otros pasajes; bien lograda como sobre todo el ambiente sostenido, la persuasión final de la cinta, la cual, aunque no sea el objeto supremo del arte, y ni siquiera quizá su absoluto derecho, el escuchar la innumerable aplicación maléfica del destino, la detallada miseria humana, permanece, como hemos dicho, una obra, no maestra, pero sí grande y patética; dotada además de notable valor histórico.

En una sociedad normal, curada a la vez de un estúpido orgullo y de la manía de las paradas de moda, curada sobre todo de la pereza atroz de juzgar a los hombres por grupos y razas, no según la diferencia individual — la única — Hallelujah no hubiera conocido tantos éxitos ni tantos fracasos. Su vicio esencial consiste en que no es propiamente una obra narrativa como simula, sino, a lo largo del más endeble de los argumentos, una revista; una revista negra, con sus blues de bodega, sus sermones ferroviarios, sus charlatanerías infantiles y sus presididos filarmónicos. Algunos de estos cuadros, por otra parte, se elevan a notable vigor dramático; por ejemplo, el bautismo, que traduce con tanto calor el arraigo físico de la fe cristiana en aquellas almas solemnes, y mejor aun esos cantos mortuorios, terribles de vaivenes, de convulsivas manos en alto, de sudorosas calvas relucientes y oscuras, de voces como un temblor prolongado de campana, en que tanto énfasis convencional, tanta declamación ritual, viene a persuadir tanta verdad de dolor; cuadro majestuoso y turbador de armoniosa desesperación salvaje.

Alguien se extrañará de que hasta ahora, en este examen de King Vidor, no hayamos siquiera mencionado La Calle. Y es que ésta — tan festejada por algunos — exhibe todos los defectos del autor y ninguna de sus virtudes; es un mal saínete costumbrista, sin otra ley que la acumulación de tipos y episodios, y lo que es mucho peor, sin unidad de tono. Y para rematar, un esfuerzo torpe y pueril de atacar las virtudes convencionales cinematográficas, que el delicioso Lubitsch sabe tan bien sortear o burlar, y no piensa en macizamente contradecir.

Mucho, sin embargo, y a pesar de lo lamentable de sus fracasos, es de esperar de King Vidor, si vuelve a entrar en el estado de gracia que más de una vez ha conocido, y en que pocos del cinematógrafo lo igualan, pues posee una convicción de humanidad, una hondura generosa, una virtud de emoción de esas que sólo limita, y mal, la actual imperfección de la inteligencia sola.



siempre una obra de gran fuerza emotiva. No sólo en los momentos penosos y trágicos, también en los poéticos y felices vale; véase la justiza de esa incomboda y ferroviaria noche de bodas, véase la intensidad de la boda verdadera en plena naturaleza, cuando por vez primera, lejos de la sonrisa convencionalmente burlesca y convencionalmente zafada arrojada con el arroz a los "just married", lejos de las cortinas apenas discretas del "sleeping", se abandona la esposa, recostándose en el suelo con un gesto en que hay fatiga, en que hay amor, en que hay destino, frente al Niágara sencillo y poderoso. Pero no hay duda que los más memorables momentos de la obra son los de amarga, desamparada emoción.

NESTOR IBARRA
ILUSTRACION DE GUIDA

Viento Huracanado

CALOR tropical. Hasta cuarenta y dos grados centígrados a la sombra. El sol en el solsticio perpendiculariza los rayos de su lumbrera. Las capas interiores de la atmósfera diéfrana se diafanizan. El aire hace de transparente reverbero, y las cosas se ven como poseídas de un temblor apenas perceptible. La tierra acumula calorías a más y mejor y en las calzadas de piedras desiguales, en las veredas de lajas, se tiene a veces la sensación de transitar sobre ardiente rescolado. Descalzos, los pies se amollarían de inmediato. La alta temperatura persistente desde la hora cenital hasta más o menos las tres pasado meridiano, infiltra una dejadez y un agobio de clima africano. Calor seco de región montañosa, saludable, pero tremendo.

La pequeña ciudad provinciana que fundara en el valle el español conquistador, se amodora en el fuego y en el silencio de la hora. Las construcciones escasamente elevadas en su mayoría, dan la impresión de achatare bajo un peso invisible de toneladas. Muy pocos asoman al descubierta. Nadie que no tenga urgente, imprescindible necesidad, se aventura y atraviesa a esa hora las calles de la población. Una siesta larga se impone, y la gente en los interiores preservados de la máxima temperatura, se deja estar durmiendo la siesta, o le sigue el sopor del sueño, en lentas conversaciones sin trascendencia.

En las quintas urbanas, la sombra acogedora de los naranjos y otros árboles frutales, renueva en la quietud las andanzas del "duende", cuyas consejas les sirven a las madres para reprimir las escapatorias de los chicos.

Alguno perro callejero cruza jadeante frente a los zaguanes, la lengua afuera, el bello colgando humedecido y un desvarío de rabia en los ojos mortecinos.

El sol recorre su trayectoria aparente en el paralelo, y a medida que pasan los minutos, se va alejando del cenit en dirección a las cumbres. Transcurridas las tres de la tarde, la ardencia cede manifiestamente. El calor disminuye. El bochorno se desvanece en rachas aun tibias de brisa sureña, y cuando más el astro se acerca a la montaña, el frescor acelera el renacer del ánimo decaído desde mediodía.

Los habitantes trabajan el resto de la tarde y cuando el crepúsculo se insinúa maravilloso en el horizonte, el cuadro vital cambia de golpe. Se han poblado las calles y paseos; la plaza principal de la ciudad se llena de voces de juventud, bajo el amplio dosel de añosos terebintos, que embalsaman el viento y al viento se quejan

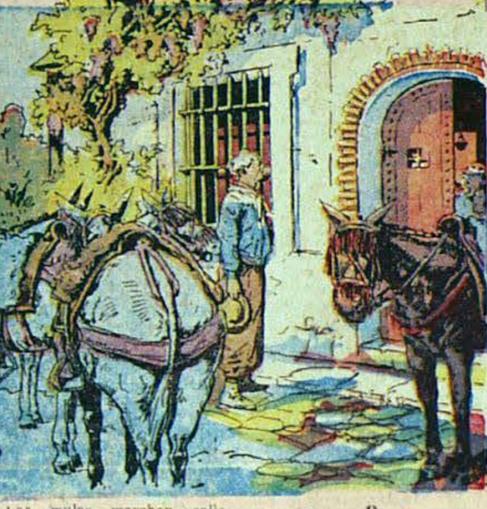


desde el tronco secular, hasta los brazos nudosos de sus ramas.

Verano de 191... Comienza un día asombrosamente luminoso. La ciudad contemplada desde una altura, semeja un gran trozo de cristal de roca tirado en la extensa hondanada, brillando al sol. Preséntese una tarde soporíferamente como muchas, en la limpidez centelleante de las primeras horas matinales.

Domingo de la semana inicial de Enero. Salvo a algunas mujeres que se dirigen a misa, pocas personas transitan las aceras. La muchachada estudiantil ha emigrado de verano a las sierras o a los pueblos del campo, gratos en el frescor de las arboledas y en la abierta curva de los valles.

La pequeña ciudad norteña se entristece de soledad. Repechando la inclinación pronunciada de la calle, hacia el oeste, marchan a trancos firmes cuatro ágiles mulas de remos delgados, cascos sonoros y tiesas orejas. Van las cuatro bien aperadas y una sola lleva jinete. Es el hombre maduro de original estampa. Un nativo; de esos capataces de ascendencia aborígen, que las familias suelen adoptar en fundos y están cías para el desempeño de miliones importantes.



Las mulas marchan calle arriba y a su paso rápido sobre las piedras redondas de la angosta calzada, se deshierta el eco dormido en los zaguanes de las viejas casonas.

La reducida tropa se detiene frente a un portal ancho de arco rebajado, a través de cuyas hojas entreabiertas se avizora un patio de ladrillos, florecido de jazmines en tinajas verdecidas por el tiempo.

Al llegar, adosándose a la puerta la gente de la casa. Lorenzo, el viejo capataz, da los buenos días y echa pie a tierra, despaciado, casi solemne, como buen provinciano.

—¿Ya están las patroncitas? —Inquire dirigiéndose al grupo que acaba de saludar. La respuesta se la dan a coro, dos niñas que salen presurosas del interior.

—Buenos días, Lorenzo, ya estamos listas, — y una de ellas agrega sonriendo: —¿Quieres ayudarnos a las muchachas a mover las petacas?

—Y cómo no, patroncitas. — contesta el hombre introduciéndose en el zaguan.

Elena Casares y Marta Díaz, van a emprender el retorno hacia los lejanos solares paternos.

El capataz y las dos jóvenes se apean al abrigo de un tal raleado de follaje y misero de sombra. Han extendido unas mantas en el suelo blando y caliente. Recostadas sobre ellas, Marta y Elena alivian sus cuerpos del cansancio de cabalgar. La naturaleza hosca de la dilatada travesía, hace más torvo su aspecto en la soledad. Las jóvenes conversan sin entusiasmo, respirando el aire cálido.

El diálogo es intermitente y lánguido.

Allá lejos, hacia el poroeste, el sol enrojece en un incendio fabuloso, el filo plomizo de los cerros. El viento cálido que empuja a soplar, ha cesado de pronto y la atmósfera persiste sofocante. En la copa del talá se inmortaliza un presagio de tormenta lejana.

El viejo Lorenzo, mientras tanto, ha caminado unos pasos y colgando su manta en las espaldas de una "tusca", yace tendido a su sombra. Un extraño malestar le persigue desde hace unas horas. Pero no ha comunicado palabra a las niñas. Siente que su mal se agrava por momentos. Nunca lo experimentara antes; en su recordum-

barca en la fugaz lividez de su día, el más remoto horizonte. El trueno que le sigue pone un estrepito de cataclismo en la noche absorta, y detiene por un instante en el viajero, hasta la facultad de pensar. La atmósfera en desequilibrio de flagra, con ruidos y luces fantásticos, las fuerzas encontradas de sus ámbitos. Lluève, Lluève con furia. Lluève como para apagar la sed multiseccular de las arenas áridas y del monte torturado.

La máxima intensidad de la tormenta dura contados minutos que se hacen largos como noches enteras para el caminante. Un viento huracanado se desata luego rasando la arena y ulula pavoroso entre la vegetación agreste. Disminuye su empuje uno segundos. Vuelve a cobrar ímpetu y desgajando la copa de algún talá o abatiendo algún cardón, renueva durante gran parte de la noche el lúgubre alarido.

Tres días después, el peligro y su extenso arañal ha recuperado su faz árida y oravil. Ni rastros del agua caída. Sólo la parte montañosa enseña aquí y allá, vestigios de la extraordinaria tormenta.

Gente a caballo recorrió desde el alba. Busca a los viajeros perdidos. Los busca, llevándolo de tiro cuatro mulas con los aperos en desorden. Catorce mulas desmadejadas, cansinas,

bre, no creyó que debía preocuparse, cuando aun era tiempo. Hombre como tallado en madera dura de algarrobo, no comprendió lo que le pasa. Es algo así como luna en las cumbres. Pero de donde, si no están a mucha altura. El aire, gremante, penetra con dificultad en el amplio receptáculo de sus pulmones. No obstante, el cuerpo vigoroso, el cuerpo recio, trepado al golpeo persistente de la vida a cielo abierto, aguanta con bravura el ataque del daño. Marta y Elena no han advertido lo que sucede, y Lorenzo no las ha llamado; fingiendo dormir, jadea; con lentitud se encorva y se estira; no quiere asustarlas, salvajemente asido a la esperanza de recuperarse. El corazón le falla, descompón sus latidos en el pecho. Lorenzo cree escuchar un retumbo en la cabeza y entorna los párpados sobre las pupilas alucinadas.

Al fin comprende toda la verdad. Va a morir allí mismo. Heroico, voluntarioso, se incorpora a medias, y débil la voz, sollozante, llama a las patroncitas. Las jóvenes acuden robrecogidas. El hombre ya no puede hablar casi. Ellas, advirtiéndolo enfermo, le ayudan a sentarse. El las mira... se ahoga y llora. Con un postrer movimiento de cabeza les señala las mulas...

Elena y Marta, estrechándose, se rodilla, solas ante la naturaleza inconmovible, a quien su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonan el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

Cuarenta y ocho horas de camino. Dos días de andar, con sendos descansos en algún pueblito insignificante, semicircular como aldehuela de antigua oleografía española, en un recodo del sendero solitario.

Detrás, a la espalda de los viajeros, verde serranía estufina la tonalidad igual de sus laderas, en reflejos de oro bajo el sol de la tarde. El camino de los cerros, quebrado o roguardecido, va trocándose en aridez sin amparo. Un polvillo finísimo, tenaz, se levanta al paso enérgico de las mulas, que tranquetean ya, en una huella anerosa, que se botra para el ojo inexperto, a medida que el arenal se espesa. Monte espinoso y diverso, que ha flajado a los médanos, flagela no el cuerpo, sino el espíritu, en largos trechos de camino, con el espectáculo de su aspereza desoladora. El ámbito poblado de vislumbres, amortigua la visión y cansa la mirada, que se humedece hacia delante con afán. La transpiración copiosa, agota las reservas de energía en el esfuerzo por llegar cuanto antes, y la dureza de andar una senda tan pesada, detiene al viajero en medio de aquel campo inmenso y hostil.

Nubes. Nubes enormes y pardas ocultan en tropel gigante y nudo el cielo de la noche. Hendiendo la tiniebla que parece solidificarse, y todo lo bloquea; siguiendo una huella invisible, las jóvenes en sus mulas, tratan de llegar al límite de aquel desierto. Encontrarán recién un rústico caserío.

Mas la tormenta se adelanta. La cercanía del trópico le presta su violencia terrible. Tormenta de esteo en el Norte.

Súbitamente un relámpago

abarcó en la fugaz lividez de su día, el más remoto horizonte. El trueno que le sigue pone un estrepito de cataclismo en la noche absorta, y detiene por un instante en el viajero, hasta la facultad de pensar. La atmósfera en desequilibrio de flagra, con ruidos y luces fantásticos, las fuerzas encontradas de sus ámbitos. Lluève, Lluève con furia. Lluève como para apagar la sed multiseccular de las arenas áridas y del monte torturado.

La máxima intensidad de la tormenta dura contados minutos que se hacen largos como noches enteras para el caminante. Un viento huracanado se desata luego rasando la arena y ulula pavoroso entre la vegetación agreste. Disminuye su empuje uno segundos. Vuelve a cobrar ímpetu y desgajando la copa de algún talá o abatiendo algún cardón, renueva durante gran parte de la noche el lúgubre alarido.

Tres días después, el peligro y su extenso arañal ha recuperado su faz árida y oravil. Ni rastros del agua caída. Sólo la parte montañosa enseña aquí y allá, vestigios de la extraordinaria tormenta.

Gente a caballo recorrió desde el alba. Busca a los viajeros perdidos. Los busca, llevándolo de tiro cuatro mulas con los aperos en desorden. Catorce mulas desmadejadas, cansinas,

bre, no creyó que debía preocuparse, cuando aun era tiempo. Hombre como tallado en madera dura de algarrobo, no comprendió lo que le pasa. Es algo así como luna en las cumbres. Pero de donde, si no están a mucha altura. El aire, gremante, penetra con dificultad en el amplio receptáculo de sus pulmones. No obstante, el cuerpo vigoroso, el cuerpo recio, trepado al golpeo persistente de la vida a cielo abierto, aguanta con bravura el ataque del daño. Marta y Elena no han advertido lo que sucede, y Lorenzo no las ha llamado; fingiendo dormir, jadea; con lentitud se encorva y se estira; no quiere asustarlas, salvajemente asido a la esperanza de recuperarse. El corazón le falla, descompón sus latidos en el pecho. Lorenzo cree escuchar un retumbo en la cabeza y entorna los párpados sobre las pupilas alucinadas.

Al fin comprende toda la verdad. Va a morir allí mismo. Heroico, voluntarioso, se incorpora a medias, y débil la voz, sollozante, llama a las patroncitas. Las jóvenes acuden robrecogidas. El hombre ya no puede hablar casi. Ellas, advirtiéndolo enfermo, le ayudan a sentarse. El las mira... se ahoga y llora. Con un postrer movimiento de cabeza les señala las mulas...

Elena y Marta, estrechándose, se rodilla, solas ante la naturaleza inconmovible, a quien su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonan el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

Elena y Marta, estrechándose, se rodilla, solas ante la naturaleza inconmovible, a quien su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonan el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

Elena y Marta, estrechándose, se rodilla, solas ante la naturaleza inconmovible, a quien su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonan el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

Elena y Marta, estrechándose, se rodilla, solas ante la naturaleza inconmovible, a quien su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonan el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

Elena y Marta, estrechándose, se rodilla, solas ante la naturaleza inconmovible, a quien su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonan el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

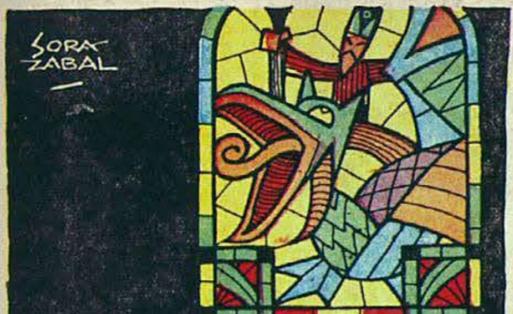
Elena y Marta, estrechándose, se rodilla, solas ante la naturaleza inconmovible, a quien su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonan el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

PEDRO ALVAREZ TERAN
ILUSTRACION DE ROJAS

RELATOS CHINOS

La adioserancia del pueblo chino es la única en su género y no tiene nada de semejante en el mundo entero. El folclore de aquel pueblo representa una mezcla monstruosa, misteriosa y a la vez sencilla de lo fantástico con la vida cotidiana. Para el chino no existen fronteras entre el mundo real y el de más allá. En su imaginación la tierra está íntimamente ligada con el cielo. Los espíritus y los fantasmas están unidos a los hombres por los lazos de amor y de odio; a veces los primeros se convierten en rivales de los últimos y, en general, parecen ser habitantes de la tierra, vecinos cercanos del hombre. Para un chino el cielo no representa algo misterioso y místico, pues él cree que allí también existen pecados y bajas pasiones, tales como: la codicia, el amor sexual, la sed de la venganza y la mentira. Los habitantes del cielo se diferencian de los de la tierra sólo por su fuerza.

El lugar más destacado en el folclore chino corresponde al espíritu-zorra, que suele presentarse en varias formas, principalmente encarnado en el cuerpo de una hermosa joven. Esta, después de haber conseguido el amor de un hombre, se casa con éste, da a luz varios hijos y se convierte en una excelente esposa y madre, contribuyendo a mejorar considerablemente la situación material de su marido.



En los cuentos populares chinos lo misterioso se entrelaza maravillosamente con lo real. El mayor encanto de aquellos relatos consiste en la ingenuidad y la inocencia, verdaderamente infantiles, con que se resuelven los problemas más complicados de la vida humana.

A título de ilustración, presento a mis lectores dos cuentos genuinamente chinos.

El emperador Tay-Zsun paseó su mirada escrutadora por los grupos de los altos funcionarios, militares y civiles, reunidos en la audiencia, y, asombrado por la ausencia del ministro Wey-Chen, llamó a Su-Sheitzi, al que dijo: —Ayer vi un sueño muy raro. Sonó que un desconocido se arrodilló ante mí exclamando: "Soy el dragón del río Kin El Cielo ordenó a Vuestro Ministro Wey-Chen decapitarme. Os ruego me salvéis la vida". Se lo prometí, pero ahora no puedo decir nada a Wey-Chen, puesto que no está aquí.

—Manda a buscarlo, —aconsejó Su-Sheitzi— y tendelo en su palacio durante todo el día de hoy. De este modo no tendrá la posibilidad de matar al dragón.

Tay-Zsun siguió el consejo y dió orden de traer inmediatamente al ministro Wey-Chen.

A dicho funcionario, la noche anterior, le había sucedido lo siguiente: mientras él estaba observando las constelaciones, del cielo bajó un mensajero, enviado por el Emperador Celestial, para comunicarle que éste le ordenaba decapitar al dragón del río Kin, al día siguiente, en el tercer cuarto de la hora del mediodía.

Wey-Chen se prosternó ante el enviado divino, hizo una ablución, se abstuvo de toda clase de alimentos, preparó su valor y apartó de su lado la pereza, en la expectativa de la hora fijada. Por esa causa no pudo acudir a la audiencia de Tay-Zsun. Pero, cuando a su casa llegó el carruaje enviado por el soberano en busca de él, el ministro no pudo negarse a ir. Se atavió con su uniforme de gala y se dejó conducir al palacio real.

No bien llegó Wey-Chen, el emperador lo llevó a sus aposentos privados. Allí le propuso jugar un partido de ajedrez.

Se acercaba el mediodía. En el tercer cuarto de esta hora el ministro se inclinó repentinamente sobre el tablero.

—Se durmió — dijo para sus adentros Tay-Zsun. — El pobre está cansado. No lo voy a despertar.

Al cabo de un rato, Wey-Chen se despertó sobresaltado, y se prosternó ante el emperador, pidiéndole perdón.

—No es nada — replicó el soberano.

Reanudaron el juego, pero, de repente, fueron interrumpidos por unos gritos desordenados. Acoto, se agachó, en la estancia penetraron dos oficiales de la guardia real, que pusieron a las plantas del emperador la cabeza del dragón, recién cortada.

—¿Qué es esto? — preguntó Tay-Zsun, en el colmo del asombro.

—Esta cabeza acaba de caer de las nubes, —fué la respuesta.

—Vuestra Majestad, —exclamó el ministro, arrodillándose ante su emperador—, la corte yo durante mi ausencia.

—Pero... usted no ha salido de aquí ni por un instante, —replicó Tay-Zsun.

—Aquí sólo quedó mi cuerpo — contestó Wey-Chen—. Mi alma fué sacada de este lugar. Un grupo de guardias celestiales me presentó al dragón liado y una espada, con la que le corté la cabeza.

El emperador quedó pensativo. Al cabo de un momento despidió a todos y quedó solo, algo preocupado.

Aquella noche, Tay-Zsun se acostó a la hora acostumbrada, pero no pudo conciliar el sueño. Cerca de la medianoche se presentó ante él el dragón decapitado, llevando en la mano su cabeza ensangrentada, y gritó a voz en cuello:

—Has prometido conservarme la vida y me has engañado. Ven conmigo a los Tribunales del Infierno.

Así diciendo, asió del brazo al emperador, emudecido de susto... Tay-Zsun se despertó sobresaltado.

Custodiado de esta manera, Tay-Zsun descansaba todas las noches. A pesar de eso, su salud empeoraba de día en día. Por fin el emperador propuso a sus altos funcionarios tomar a su hijo en calidad de heredero del trono.

Al emperador le hicieron abluiciones, lo vistieron y todos empezaron a esperar su fin. Wey-Chen le entregó una carta, diciendo: —Tómela. En el Infierno tengo un amigo, llamado Tsouy-Cu, que es oficial del Infierno. Entréguale esta carta y creo que, por amistad a mí, él tratará de encontrar un medio de hacerlo volver a la tierra.

Tay-Zsun aceptó la esquela, la que guardó en su manga, y murió...

Le pareció haber salido del palacio en un carruaje. En el medio del campo su carroza se detuvo. El emperador se apeó y se puso a vagar solo entre la hierba alta. De repente oyó una voz que lo llamaba:

—Venga acá.

Tay-Zsun se dirigió al lugar de donde procedía la voz, y vio a un hombre.

—¿Quién es usted? — preguntó el emperador.

—Soy el mensajero enviado por el Tribunal del Infierno, —contestó el desconocido—, para llevarlo allí, por el asunto del dragón decapitado.

—¿Cómo se llama usted? — inquirió Tay-Zsun.

—Tsouy-Cu, —fué la respuesta.

—Le traigo una carta, —dijo el emperador, sacando de su manga la misiva, que entregó a Tsouy-Cu.

Este desplegó la hoja y se puso a leerla.

—Terminada la lectura, el oficial del Infierno dijo al emperador: —Puedo prometerle que volverá usted a la tierra.

En este momento apareció un grupo de jóvenes, vestidos de negro, que escoltaron al emperador hasta la ciudad de los muertos, conduciéndolo al Tribunal del Infierno, donde se encontraban diez jueces. Uno de éstos se puso de pie y pronunció:

—El dragón del río Kin presentó una queja contra usted, diciendo que usted faltó a su promesa de conservarle la vida.

Tay-Zsun le explicó los detalles del caso, diciendo que no tenía culpa en la muerte del dragón.

—Tiene usted razón, —exclamaron los diez jueces en coro—. Tenga la amabilidad de perdonarnos por haberle ocasionado este disgusto. Vamos a consultar el Libro del Destino. Toy-Cu, tráigalo.

El oficial fué a buscar el libro y, antes de llevarlo a los jueces, miró la página que correspondía a la persona del emperador. Viendo que a éste le estaban destinados sólo 13 años de reinado, Tsouy-Cu tomó un pincel y cambió la cifra de 1 por 3. Luego llevó el libro al Tribunal. Al consultarlo, los jueces preguntaron a Tay-Zsun:

—¿Cuántos años ha reinado usted?

—Trece, — contestó el interpelado.

—Entonces le quedan aún 20 años de vida. Lo mandaremos de nuevo a la tierra.

El emperador les agradeció con palabras efusivas, agregando: —¿Qué podría hacer para demostrarles mi gratitud?

—Mándenos melones. Nos gustan mucho y acá no los hay.

—Lo haré con el mayor gusto, — dijo Tay-Zsun.

Luego se despidió y salió, seguido por Tsouy-Cu. Después de haber caminado un trecho, fué rodeado por un muchedumbre de mutilados. Eran las almas de los soldados, muertos en las guerras, llevadas por el emperador y de los ejecutados por orden de él. Todos se abalanzaron sobre Tay-Zsun, vociferando:

—Devuélvenos la vida!

—Defiéndame! — suplicó el emperador a su guía.

—Es imposible, —replicó éste—. Tiene que comprarles el permiso de pasar.

—No traigo dinero, — gimió el emperador.

—No importa. Puede dar un cheque a nombre del banquero infernal.

—Con el mayor gusto, — exclamó Tay-Zsun, firmando el cheque.

Toy-Cu lo entregó a las almas en pena, que se apartaron del camino del emperador. Este aceleró el paso. Por fin llegó a la orilla del río Vey. Toy-Cu lo arrojó al agua...

Entre tanto, en el palacio del emperador, junto al ataúd de éste se reunieron todos los dignatarios, para celebrar la ceremonia de entronización del príncipe heredero. De repente, del feretro resonó

la voz que gritaba: — ¡Me ahogé!...

— ¡Me ahogé!... ¡Me ahogé!...

Todos los presentes huyeron, desprovistos. El único que no se asustó fué Wey-Chen, que abrió la tapa del ataúd.

—Por fin puedo respirar, — dijo el emperador incorporándose.

Los médicos le dieron calmantes y lo acostaron en la cama. Al día siguiente todos los dignatarios se presentaron en la audiencia.

El emperador, sentado en su trono, les relató sus aventuras en el cielo. Luego dió a su tesorero la orden de arreglar el trato con el banquero infernal y mandó a buscar alguna persona adecuada para enviar los melones que había prometido a los jueces del infierno.

Al cabo de dos días se presentó un hombre, llamado Lu-Chun, dispuesto a cumplir el recado, ya que igual estaba por suicidarse, desesperado por la muerte de su esposa.

El se colocó en la cabeza una cesta, llena de melones, se puso en la manga la orden imperial y el dinero necesario para el viaje, y emprendió el camino.

Cuando su alma, con los melones en la cabeza, se detuvo junto al portón del infierno, el portero subterráneo le preguntó:

—¿Quién va?

—El enviado del emperador Tay-Zsun.

De inmediato fué conducido al infierno, con toda clase de veneraciones. Una vez allí, Lu-Chun entregó a los jueces los melones y la carta que los acompañaba. Los jueces infernales, sumamente contentos, se pusieron a comer los melones con gran apetito, alabando al emperador Tay-Zsun.

★

AN-Jun era hijo de un general. Después de la muerte de su padre, el muchacho se dirigió a la guarnición de Kan-Su, a la casa de su tío materno el coronel Chu. Este que le tenía antipatía, por considerarlo demasiado inteligente, lo aceptó a regañadientes.

Chu tenía una hija, casi de la misma edad de An-Jun. Los chicos crecían bajo la vigilancia de una institutriz, parienta lejána del coronel.

Pasaron unos cuantos años. Una noche de verano el joven An-Jun salió al jardín para respirar el aire puro. Allí encontró a la niña Chu. Los jóvenes se enamoraron el uno del otro. A partir de aquella vez se encontraban todas las noches.

La institutriz, cuya atención fué llamada por la conversación y la risa en la habitación de An-Jun, descubrió el secreto de los jóvenes... y se apresuró a comunicarlo al coronel. Este, a su vez, contó todo a su esposa.

— ¡Es imposible! — exclamó la mujer—. Nuestra hija duerme todas las noches en mi habitación.

Chu no llegaba a comprender este caso. Enfurecido contra An-Jun, buscó un pretexto cualquiera para castigarlo y echarlo de su casa. El joven pasó mucho tiempo, vagando, sin ningún medio de vida y, por fin, se vió obligado a ubicarse en una antigua pagoda, en Lan-Chi-Fu.

Una vez, delante de su humilde vivienda, se paró un lujoso carruaje, del que descendió su amada, llevando un rico ajuar.

—He venido a vivir contigo — le dijo—. Vine junto con mi tío Chu-U.

Este era el hermano menor del coronel Chu y acababa de llegar a Lan-Chu-Fu, en calidad de comandante de la guarnición. Cuando An-Jun le presentó su esposa, el comandante quedó pasmado.

—Mi sobrina se encuentra en Kan-Su, — le dijo—. Si ella hubiera venido acá, su padre me lo hubiera comunicado.

An-Jun estaba asombrado no menos que su interlocutor.

Al cabo de varios días el comandante Chu-U fué a Kan-Su, por sus asuntos. Allí fué a la casa de su hermano, el coronel, al que contó lo que había visto en su guarnición.

—Mi hija no se ha ausentado de casa ni un solo día, — le replicó el hermano mayor.

Muy preocupado, fué a contar todo a su esposa. Esta exclamó: — ¡Estoy segura de que se trata de un fantasma. Debe ser una zorra, que se ha encarnado en el cuerpo de nuestra hija, para hacer creer a los demás que ésta va en pos de su novio. La única manera de salvar la reputación de nuestra familia es la de llamar a An-Jun y casarlo con nuestra hija.

El coronel consultó con su hermano; ambos decidieron poner en práctica el consejo de la esposa del primero. El coronel mandó llamar a su sobrino y lo casó con su hija.

Cuando, después de la ceremonia nupcial, el joven entró a su dormitorio, encontró allí a dos mujeres idénticas. Una de éstas le dijo, señalando a la otra:

—Esta joven es su esposa. En cuanto a mí, soy zorra. Años atrás, uno de sus antepasados, el general An, fué a la caza, durante la cual me hirió y me capturó. El bondadoso general curó mi herida y me dejó en libertad. Ahora pague a aquel noble señor mi deuda de gratitud, haciendo bien a usted. Yo sabía que usted amaba a la señorita Chu y no tenía esperanza de casarse con ella. Por eso me he valido de una astucia, para ayudarle a lograr su fin. Adiós... y sean felices.



la voz que gritaba: — ¡Me ahogé!...

— ¡Me ahogé!... ¡Me ahogé!...

Todos los presentes huyeron, desprovistos. El único que no se asustó fué Wey-Chen, que abrió la tapa del ataúd.

—Por fin puedo respirar, — dijo el emperador incorporándose.

Los médicos le dieron calmantes y lo acostaron en la cama. Al día siguiente todos los dignatarios se presentaron en la audiencia.

El emperador, sentado en su trono, les relató sus aventuras en el cielo. Luego dió a su tesorero la orden de arreglar el trato con el banquero infernal y mandó a buscar alguna persona adecuada para enviar los melones que había prometido a los jueces del infierno.

Al cabo de dos días se presentó un hombre, llamado Lu-Chun, dispuesto a cumplir el recado, ya que igual estaba por suicidarse, desesperado por la muerte de su esposa.

El se colocó en la cabeza una cesta, llena de melones, se puso en la manga la orden imperial y el dinero necesario para el viaje, y emprendió el camino.

Cuando su alma, con los melones en la cabeza, se detuvo junto al portón del infierno, el portero subterráneo le preguntó:

—¿Quién va?

—El enviado del emperador Tay-Zsun.

De inmediato fué conducido al infierno, con toda clase de veneraciones. Una vez allí, Lu-Chun entregó a los jueces los melones y la carta que los acompañaba. Los jueces infernales, sumamente contentos, se pusieron a comer los melones con gran apetito, alabando al emperador Tay-Zsun.

★

AN-Jun era hijo de un general. Después de la muerte de su padre, el muchacho se dirigió a la guarnición de Kan-Su, a la casa de su tío materno el coronel Chu. Este que le tenía antipatía, por considerarlo demasiado inteligente, lo aceptó a regañadientes.

Chu tenía una hija, casi de la misma edad de An-Jun. Los chicos crecían bajo la vigilancia de una institutriz, parienta lejána del coronel.

Pasaron unos cuantos años. Una noche de verano el joven An-Jun salió al jardín para respirar el aire puro. Allí encontró a la niña Chu. Los jóvenes se enamoraron el uno del otro. A partir de aquella vez se encontraban todas las noches.

La institutriz, cuya atención fué llamada por la conversación y la risa en la habitación de An-Jun, descubrió el secreto de los jóvenes... y se apresuró a comunicarlo al coronel. Este, a su vez, contó todo a su esposa.

LOS REGALOS PERFECTOS

UN DÓLAR Y OCHENTA Y SIETE CÉNTIMOS. Eso era todo. Un dólar y ochenta y siete céntimos, reunidos uno a uno, a fuerza de regatear centavo tras centavo al carnicero, al verdulero, al carpintero, sintiendo esa mezcla ardiendo con la vergüenza que significa esa mezquindad. Tres veces contó Delia esta pequeña suma: un dólar y ochenta y siete céntimos; ¡y al otro día sería Navidad! Se echó, gimiendo en su angosta cama, recordando aquella máxima, en la que se explica que la vida está hecha de contradicciones, sinsabores y cosas por el estilo.

Dejemos a Delia entregada a estos pensamientos y dirijámos una mirada a su hogar: un piso amueblado por el que se pagaban 8 pesos semanales. En la puerta del vestíbulo había un buzón en el cual no se hubiera podido echar ninguna carta, y un timbre eléctrico del cual ningún dedo humano hubiera conseguido arrancar un sonido. Debajo de éste aparecía una tarjeta, que ostentaba el nombre de "James Dillingham Young". El "Dillingham" había sido desplegado a todos los vientos, durante aquel antiguo período de prosperidad, en el que su poseedor ganaba 30 pesos semanales. Ahora, cuando el ingreso fué disminuido a \$ 20, las letras de "Dillingham" aparecían confusas, como si estuvieran pensando seriamente en irse contrayendo hasta convertirse en una modesta y vulgar "D". Pero, en cambio, a cualquier hora que Mr. James Dillingham Young llegara a su casa, Mrs. James Dillingham Young, a quien hemos presentado como Delia, lo llamaba "Jim" y lo abrazaba muy fuerte, lo cual era muy lindo.

Delia terminó de llorar y pasó el cisme por sus mejillas. Luego se paró al lado de la ventana y comenzó de nuevo a buscar una solución mental a su problema. Mañana sería Navidad y ella disponía solamente de un dólar y ochenta y siete céntimos para comprar algún regalo a su Jim. Veinte pesos semanales no alcanzan para mucho. Los gastos resultaron mucho mayores que lo que había calculado. Siempre sucede así. Solamente \$ 1.87 para hacer un regalo a Jim. Su Jim. Muchas horas felices pasó Delia imaginando algún presente bonito para él. Alguna cosa fina, rara, de valor: algo que se pareciera un poco al honor de pertenecer a Jim.

Delia vaciló y se puso su viejo tapado y su viejo sombrero, y con los ojos brillantes todavía, abrió la puerta y bajó las escaleras como una exhalación. Se detuvo delante de un negocio que ostentaba esta inscripción: "Mme. Sofrone. Especialista en pelucas y peinados". Delia entró.

—¿Compraría usted mi cabello? — preguntó a Mme. Sofrone.

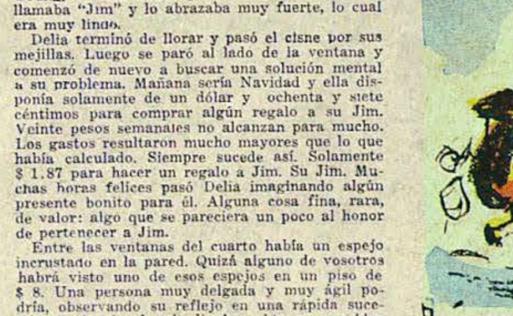
—Sí. Compró cabello — contestó la aludida. Sáquese el sombrero y veamos cómo luce el suyo.

De nuevo ondeó la obscura cascada.

—Veinte dólares — dijo Madame, tocando el cabello con dedos expertos.

Delia aceptó.

Las siguientes dos horas fueron para ella un sueño rosado. Olvidó la metamorfosis que las tijeras obraron en su cabeza. Sólo sabía que estaba recorriendo los negocios en busca del regalo para Jim. Por fin lo encontró. Seguramente había sido hecho para él. No había ninguno parecido en todos los demás negocios. Lo sabía bien. En su afanosa búsqueda no le quedó lugar sin revolver. Se trataba de una cadena de platino, para reloj, simple y neta en su dibujo, proclamando su real valor por sí misma y no por medio de vanidosos adornos. Así deberían de ser todas las cosas buenas. Era verdaderamente digna del reloj. Tan pronto como la vió, comprendió que estaba destinada a Jim. Veintidós dólares le pidieron por ella y volvió a su casa con los 87 céntimos restantes. Con semejante cadena en su reloj, Jim, estando acompañado de alguien, se sentiría ansioso acerca de la hora y lo consultaría a cada momento. Antes no podía hacerlo sin avergonzarse, pues su precioso reloj pendía de



sobre sus espaldas. Necesitaba un sobretodo nuevo y estaba sin guantes.

Se detuvo al entrar, quedando completamente inmóvil. Sus ojos estaban fijos sobre Delia, que no pudo descifrar la expresión que se retrataba en ellos. No era ira, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos para los que estaba preparada.

Delia se levantó y corrió hacia él:

—Jim querido — gimió. ¡No me mires así! Corté mi cabello y lo vendí porque no hubiera podido pasar Navidad sin hacerte un regalo. Ya crecerá otra vez. A tí no te importa. ¡No se cree!

—¿Te has cortado el cabello? — preguntó trabajosamente Jim, como llegando a esa conclusión después de una paciente labor mental.

—Lo corté y lo vendí — repitió ella.

Jim dirigió una mirada curiosa a todos los rincones del cuarto.

—¿Dices que tu cabello se ha ido? — preguntó con un aire casi idota.

—No necesitas buscarlo — observó Delia. — Lo vendí y ya no está aquí. Mañana es Navidad querido. No te enojés. ¡Pondré a cocinar las chuletas!

Jim consiguió despejar su aturdimiento y abrazó a su Delia. Seamos discretos y, por diez segundos fijemos nuestra atención en cualquier otro objeto. Ocho dólares por semana o un millón anual; ¿en qué se diferencian? Un matemático podría dar la errónea respuesta.

Los Reyes Magos traían valiosos regalos pero esto no les concernía a ellos. Dilucidaremos más tarde esta afirmación tenebrosa.

★

Jim sacó un paquete del bolsillo de su sobretodo y lo arrojó sobre la mesa.

—No creas que tu cabello cortado o cualquier otra transformación te haría menos linda a mis ojos. Pero si desenvuelves este paquete comprenderás el porqué de mi expresión al verte así.

Dedos blancos y febriles desataron el piolín y quitaron la envoltura. Un grito de alegría; e inmediatamente un femenino cambio a histéricas lágrimas y lamentos que necesitaron el pronto empleo de todas las virtudes persuasivas de Mr. Dilligham Young.

Porque allí estaban las peinetas, el juego de peinetas que Delia admiró mucho tiempo en una vidriera de Broadway. Eran hermosas, de carey legítimo, recamadas de pedrería. Sabía que erun muy caras. La había deseado con ahínco y sin la menor esperanza. Y ahora eran suyas; pero las trenzas que hubieran podido lucirlas, no estaban ya. Sin embargo, oprimió las peinetas contra su pecho y dirigió una profunda mirada a Jim. De pronto dió un grito al recordar que él no había visto aún su regalo. Abrió la palma de la mano, extendiéndola ansiosamente hacia él. El precioso metal parecía brillar animado por el ardiente espíritu de Delia.

—No es una preciosa, Jim? — preguntó—. Anduve por toda la ciudad para conseguirla. Me imagino que desde este momento consultarás la hora cien veces por día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo queda con la cadena.

En lugar de obedecer, Jim se tumbó en la cama, con las manos detrás de la cabeza, sonriendo.

—Delia — dijo — dejemos nuestros regalos de Navidad y guardémoslos para más adelante. Son demasiado hermosos para usarlos ahora. Yo vendí el reloj para poder comprar tus peinetas... Y ahora, supongamos que pones a cocinar las chuletas...

Los Reyes Magos, como se sabe, eran hombres previsores y maravillosamente sabios, que traían regalos a los niños. Ellos inventaron el arte de regalar cosas en Navidad. Siendo tan sabios, sus regalos serían sabios también y tal vez existiera el privilegio de cambiarlos si repetidos... Yo he relatado aquí la aventura de dos niños locos en un pisito, que insensatamente sacrificaron el uno para el otro, los mayores tesoros de su casa. Pero en una palabra final para los sabios de estos días, dejemos dicho que de cuántos reciben regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos cuantos entregan y reciben regalos, los que son como ellos son los más sabios. En todo son los más sabios. Los verdaderos Reyes Magos son ellos.

CUENTO DE O. HENRY

ILUSTRACION DE PARGNOLI

ta, había dominado este arte. Se apartó de la ventana y se detuvo delante del espejo. Sus ojos brillaban pero sus mejillas se habían tornado pálidas. Con un movimiento rápido, soltó sus cabellos y dejó que cayeran en todo su largo.

El matrimonio Dillingham Young poseía dos tesoros de los cuales se sentía muy orgulloso: uno lo constituía el reloj de oro de Jim, que había pertenecido a su abuelo y a su padre, respectivamente. El otro era el cabello de Delia. Si la reina de Saba hubiera vivido en el piso que el patio separaba del suyo, Delia se hubiera sentado a la ventana, a secar la masa espléndida de sus cabellos, sólo para que empaldecieran las joyas y la belleza de la reina. Si el portero hubiera sido el mismo rey Salomón, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim nunca hubiera dejado de sacar su reloj cuando pasaba delante de él, sólo para ver cómo se pelizaba la barba con envidia.

Allí, ante el espejo, el cabello de Delia caía cubriéndola, ondeado y brillante como una cascada de obscuras aguas. Se llegaba hasta debajo de la rodilla y envolvía su cuerpo como un manto. Rápidamente lo recogió y después de una úl-

ta, había dominado este arte. Se apartó de la ventana y se detuvo delante del espejo. Sus ojos brillaban pero sus mejillas se habían tornado pálidas. Con un movimiento rápido, soltó sus cabellos y dejó que cayeran en todo su largo.

El matrimonio Dillingham Young poseía dos tesoros de los cuales se sentía muy orgulloso: uno lo constituía el reloj de oro de Jim, que había pertenecido a su abuelo y a su padre, respectivamente. El otro era el cabello de Delia. Si la reina de Saba hubiera vivido en el piso que el patio separaba del suyo, Delia se hubiera sentado a la ventana, a secar la masa espléndida de sus cabellos, sólo para que empaldecieran las joyas y la belleza de la reina. Si el portero hubiera sido el mismo rey Salomón, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim nunca hubiera dejado de sacar su reloj cuando pasaba delante de él, sólo para ver cómo se pelizaba la barba con envidia.

Allí, ante el espejo, el cabello de Delia caía cubriéndola, ondeado y brillante como una cascada de obscuras aguas. Se llegaba hasta debajo de la rodilla y envolvía su cuerpo como un manto. Rápidamente lo recogió y después de una úl-

ta, había dominado este arte. Se apartó de la ventana y se detuvo delante del espejo. Sus ojos brillaban pero sus mejillas se habían tornado pálidas. Con un movimiento rápido, soltó sus cabellos y dejó que cayeran en todo su largo.

El matrimonio Dillingham Young poseía dos tesoros de los cuales se sentía muy orgulloso: uno lo constituía el reloj de oro de Jim, que había pertenecido a su abuelo y a su padre, respectivamente. El otro era el cabello de Delia. Si la reina de Saba hubiera vivido en el piso que el patio separaba del suyo, Delia se hubiera sentado a la ventana, a secar la masa espléndida de sus cabellos, sólo para que empaldecieran las joyas y la belleza de la reina. Si el portero hubiera sido el mismo rey Salomón, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim nunca hubiera dejado de sacar su reloj cuando pasaba delante de él, sólo para ver cómo